

ALFAGUARA



Margarita García Robayo

Cosas peores



Premio Literario
Casa de las Américas 2014

Margarita García Robayo

Cosas peores

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Every street lamp that I pass
Beats like a fatalistic drum

T. S. ELLIOT, *Rhapsody on a windy night*

A los que ya no están

COMO SER UN PARIA

En la televisión pasaban el comercial del gordo que había adelgazado con un té: *mi hijo me pidió que no fuera a su partido de fútbol y yo le pregunté ¿por qué, acaso te doy vergüenza?* —el exgordo lloraba, le pedía a la cámara que no lo filmara, la cámara lo filmaba igual—. Inés lagrimeaba con ese comercial. No estaba gorda, nunca había sido gorda, pero el drama del tipo le tocaba alguna fibra.

Esa mañana había intentado hablar con Michel. Desde el día de la mudanza no tenía noticias de él. Le marcó al celular y no contestó; quizá estaba trabajando. Recién le había vuelto a marcar, pero tampoco. Todavía no era mediodía y ya estaba agotada. La noche anterior había soñado que se le caían los dedos de los pies. Últimamente le dolían los pies y a veces los sentía como gangrenados. Era una sensación parecida a la que tuvo aquella vez en Boston, cuando las piernas se le paralizaron. Michel estaba haciendo su posgrado y ella había ido a visitarlo: era invierno. El médico de allá le dijo que tenía graves problemas de circulación. «¡Como cualquier pinche avenida!», contestó Inés, jocosamente, pero ni el médico ni Michel se rieron de su chiste.

El exgordo había cambiado de locación y de vestuario; ahora, enfundado en un traje negro, posaba en un balcón con vista a una ciudad con muchas luces: *hacía años que no me veía el pene.*

—Pene —repitió Inés—, qué fea palabra.

—Buenos días, señora.

En la puerta del estudio estaba la mujer que limpiaba. Tenía un vestido de botones hasta el cuello, con el calor que hacía. Inés apagó el televisor.

—Buen día...

No recordaba el nombre, era la segunda vez que la veía.

—Glenda, señora.

Inés asintió. Glenda también asintió, entró al estudio y le dio un sobre que estaba en el buzón.

—Gracias.

Inés se incorporó, se aplastó el pelo con las manos. Se sentía áspero, como la barba incipiente de un hombre.

—Estaré en la cocina por cualquier cosa.

Glenda se dio vuelta. Era una morena grandota, de voz muy grave.

El sobre traía una tarjeta que decía «Brunch». La enviaban del condominio Las Palmeras y estaba dirigida a Gerardo y a ella, con nombre y apellido. Se preguntó cómo habrían averiguado eso. Llevaba una semana ahí, escasamente.

Salió del estudio con la tarjeta en la mano. Atravesó la sala, abrió las persianas y la luz entró como un chorro de agua con mucha presión. Entrecerró los ojos. Los obreros recién llegaban; estaban arreglando una tubería podrida. El jardín hedía. Era una casa de campo vieja, herencia de una tía soltera de Inés, y en la familia nadie la usaba. Su hermana le había dado la idea de que se instalara allí por un tiempo, mientras terminaba de recuperarse. Michel la había ayudado a mudarse, incluso Gerardo la ayudó. Todos la querían lejos. «Es cáncer, no lepra», les había dicho ella. La miraron ofendidos.

Se sentó en el sofá. Si iba al *brunch* tendría que hacerse algo en la cabeza.

En la mesita de centro había una revista *¡Salud!* —Michel le había llevado algunas para que se distrajera—; la portada era una mujer mayor comiendo frutos secos con el gesto de una ardilla. Pensó que debía ir al *brunch* y conocer a sus vecinos. Al fin y al cabo iba a vivir allí por un tiempo. Un año. Eso les había dicho a todos. A Michel, a Gerardo, a su hermana. Se abanicó

con la revista y miró afuera: los obreros desenfundaban las herramientas lentísimo.

—Señora. —Era Glenda. A Inés se le cayó la revista al piso. La mujer había aparecido de la nada—. ¿Va a desayunar?

—No, gracias.

—¿Ya tomó sus medicinas?

—No, más tarde.

Inés se aplastó el pelo con las manos, levantó la revista y la puso en la mesita. ¿Por qué tenía que preguntarle eso?

—Yo creo que debe desayunar, señora, no puede tomarse las medicinas con el estómago vacío.

—No, pero no quiero.

Glenda se aclaró la garganta:

—Muy bien.

Se dio vuelta y condujo su cuerpo bamboleante a la cocina.

Inés sacudió la cabeza. Se levantó del sofá, subió las escaleras despacio. Repasó la ropa que podría ponerse.

Un sombrero, tendría que usar un sombrero.

*

El condominio era un clásico lugar californiano de película. Como de mafioso venido a menos: balcones redondeados, palmeras altas plantadas simétricamente, una al lado de la otra, formando un círculo que contenía una laguna artificial. Después, a cada lado, estaban las casas en hilera, todas iguales, con sus terrazas enfrentadas. Inés estaba en una de esas terrazas, sentada en una silla de mimbre. Un muchacho de bermuda blanca y guayabera celeste se le había sentado al lado. Sorbía su trago. En medio de las dos sillas había una sombrilla azul.

—Madre hace unos daiquiris frutales fabulosos —dijo el tipo.

Inés asintió.

¿Madre? ¿Quién hablaba así?

El tipo se llamaba Leonardo y estaría por los cuarenta. Trabajaba en bienes raíces, le había dicho. La anfitriona era su madre, Susana, que se acercaba con dos nuevos vasos coloridos. Le extendió uno:

—¿Otro?

Inés alzó la cara para mirarla. Susana se había parado a contraluz. Una aureola tornasolada le rodeaba la cabeza teñida de rojo ciruela.

—Gracias.

Recibió el daiquiri que, según habían anunciado, era una mezcla de cítricos. El médico le había dicho que todavía no tomara alcohol. «¿Ni una copita?, le preguntó Inés. Cuánta mezquindad». Entonces le dijo que una copita podía ser, pero que no se excediera porque tenía que recuperar defensas.

Susana se sentó en las piernas de su hijo, revolvió su vaso con el pitillo y se lo tomó todo en un trago largo. Inés probó el suyo, estaba demasiado dulce.

—¿Te contó Inés dónde vive, mi amor? —dijo Susana. Leonardo negó con la cabeza—. En esa casa que estaba semiderruida, pero que ahora Inés y su marido, que se dedica a... —Susana frunció el ceño y la miró: tenía delineador azul—. ¿Qué hace exactamente tu marido?

Inés mudó los ojos a su trago dulzón. ¿Cómo podía contestar eso? Uno: ya no era su marido. Dos: nunca entendió qué era lo que hacía. Ella nunca tuvo una respuesta tipo, como la mayoría de mujeres con marido. Había escuchado esas respuestas: nunca debía ser una frase completa como «mi marido se dedica a...»; eso era impreciso y daba la sensación de que se necesitaba demasiado tiempo para pensar algo que debía tenerse claro. Había juegos de preguntas y respuestas en los que esa formulación te quitaba puntos: «Los

animales crustáceos son aquellos que cuentan con las siguientes características...». Era trampa. Las posibles respuestas a la pregunta de Susana debían ser directas, cortas, expeditivas: «¿Qué hace exactamente tu marido?». «Estudios de suelo»; o bien: «Manuales de computación»; o bien: «Peceras de acrílico».

Susana se había vuelto hacia su hijo:

—En fin, que Inés y su marido arreglaron esa casa y quedó impecable. Es lo que dicen. ¿No es así Inés?

Inés asintió. ¿Quién podía decir eso? Pensó en la tubería podrida que atravesaba su jardín. Después pensó en el comercial del exgordo que llora: *era como ser un paria*.

—...es un chalet muy sólido y coqueto, aunque... —ahora era Leonardo el que hablaba.

Inés sorbió el trago. El líquido frío le bajó muy rápido por la garganta y quiso toser pero se contuvo. De pronto se sintió mal vestida: era el sombrero, debía parecer una campesina.

—...Tiene problemas en las cañerías y las instalaciones eléctricas.

Leonardo estaba quedándose calvo. El sudor se le acumulaba en las entradas donde no llegaba el pañuelo que cada tanto se pasaba por el contorno de la cara. Las entradas le brillaban y la luz del sol rebotaba dando la sensación de que de su cabeza salían rayos. Pero no era feo: era alto, rubión y tenía una de esas narices grandes y rectas que le dan un aire refinado a ciertos muchachos. Michel tenía la nariz chiquita, pero mucho pelo en la cabeza.

—Dicho lo cual —seguía Leonardo—, no entiendo qué te llevó a mudarte allí y no buscar una opción más comfortable, dadas las circunstancias.

¿Qué circunstancias?

Susana se paró súbitamente, soltó una risita idiota. Se la veía avergonzada por la pregunta de su hijo.

—Hijo —dijo, con la mano en el pecho caído, pero todavía redondo gracias a los implantes—, no puedes preguntarle eso a Inés, por el amor de Dios.

Susana tenía sandalias planas color azul, como su delineador, como la sombrilla, como la camisa de Leonardo. Debía estar por los sesenta y pocos. Inés tenía cincuenta y siete, pero se sentía de cien. Sorbió lo último que quedaba en su vaso. En la piscina había gente flotando en colchones inflables. Inés no decidía si le gustaban o no las piscinas. Gerardo las odiaba —*después de estar adentro y sumergirse, ¿uno qué hace?*

Susana, con una torpeza monumental, seguía disculpando la imprudencia de su hijo. Inés trató de fijar la vista más allá de las palmeras, que marcaban el recorrido del río y se perdían en un descenso de ladera. Un mesero se acercó con una bandeja de daiquiris. Esta vez también había un whisky. Inés lo agarró:

—Creo que seguiré con esto.

*

La galería era el lugar más fresco de la casa, pero estaba hedionda. Los obreros trabajaban enfrente y el olor de las tuberías podridas pegaba muy fuerte. A Glenda se le había ocurrido sembrar antorchas en el jardín; no era mala idea: las había armado con estacas y pedazos de trapo mojados en citronela, un aceite dulzón y alimonado que espantaba los mosquitos. Había otros trapos que mojaba en una esencia de jazmín y el resultado era un vaho penetrante y ácido, con algunos momentos empalagosos. Un olor horroroso, pero más tolerable que el de la tubería podrida.

Esa mañana nadie había encendido todavía las antorchas. Los obreros debían haber perdido el olfato porque allí estaban, sentados en el pasto, comiendo de unos platos hondos que recién les había llevado Glenda y

tragándose ese olor.

—¿Va a almorzar, señora?

Glenda la sorprendió. Siempre hacía lo mismo. Era un misterio cómo una mujer tan enorme podía llegar hasta su costado sin hacer ruido.

—¿Por qué no han prendido las antorchas? —preguntó Inés.

—Ahora las prendo —dijo Glenda. En su cara siempre había una mueca de disgusto—. ¿Quiere que le sirva?

—¿Qué hora es?

—La una, ¿le sirvo?

—¿Qué cocinó?

Resopló:

—Pollo al horno y torta de maíz. Era todo lo que quedaba.

—Eso está bien, gracias.

—No queda nada de comer, señora.

—Le diré a Michel que me traiga un mercado.

—Llegó esto.

Glenda se sacó un sobre del bolsillo del delantal y se lo extendió. Inés lo abrió: era otra invitación de Susana. Al día siguiente haría una reunión con motivo de las fiestas de la Virgen del Carmen. Glenda seguía allí, el hocico estirado y la mano en la nariz, tapándosela con disimulo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Inés.

—Nada.

Glenda se fue a la cocina y regresó casi enseguida con una bandeja que ya debía tener servida. La puso en la mesa: un pollo blancuzco con un mazacote amarillo al lado. Todo se veía frío y seco. Inés sintió ganas de vomitar; se llevó una servilleta a la boca y apagó el sonido de un eructo ácido que le quemó la garganta. Le pasaba eso desde los whiskys del condominio, hacía un par de días.

—Me imagino que sabe que una no va a venir hasta el martes, señora —

dijo Glenda, que seguía allí, tiesa como una momia.

—¿Qué dice?

—Yo no vengo, y supongo que los muchachos tampoco —señaló a los obreros.

Inés apartó el plato del almuerzo, asqueada.

—No entiendo de qué habla, ¿cuándo no van a venir?

Glenda respiró hondo.

—Mañana viernes, y hasta el martes. En estos días no se trabaja porque son las fiestas de la Patrona. Y yo pensé... —se volvió a aclarar la garganta.

—¿Qué pensó?

—Que por ahí quiere decirle a su hijo que venga a acompañarla —y se metió en la cocina sin dejarla contestar.

Michel la había llamado el día anterior. No estaba de acuerdo con que se hubiera ido a esa fiesta en el condominio. «No era una fiesta, era un *brunch*», le dijo Inés. Y él contestó: «Puedo olerte el tufo por el teléfono». Atrevido. Ella le colgó. No le dijo nada para no pelearse, pero le colgó. Cada vez se parecía más a Gerardo: mandón y prejuicioso. Y ella se había convertido en la hija boba de ambos.

Volvió a mirar el jardín: las antorchas apagadas, los obreros sentados en el piso, tragándose ese olor. Estaba tan cansada. Subió al cuarto, pero le costó; las escaleras parecían más empinadas que de costumbre.

*

Hacía demasiado calor como para tener a Gerardo encima. Inés lo empujaba y le decía que ahora no, que después, cuando refrescara. Pero Gerardo seguía aplastándola con su cuerpo sudado que olía agrio. Inés lo mordió en el pecho y se quedó con un pedazo de carne en la boca, y ni así Gerardo se movió. Se quedó más quieto todavía, como un saco de arena. Inés

respiró despacio, aspirando el restito de aire que quedaba entre su cara y el pecho ensangrentado de Gerardo. Volvió a morderlo, a sacarle más pedazos de carne hasta que llegó al corazón, un globo sanguinolento muy inflado que, cuando ella le metió el diente, explotó.

El ruido la despertó: abrió los ojos. Seguía en la tumbona. Tuvo que aspirar bien hondo el aire tibio y hediondo del jardín, porque sintió que se ahogaba. Se tocó la frente con el dorso de la mano: estaba helada, pero se sentía caliente por dentro. Le dolía el pecho, le dolían los pies. ¿De dónde había venido ese ruido? Al lado de la tumbona había un balde que hacía varias horas contenía hielo. Ya no quedaba ni el agua; ella se la había echado encima antes de quedarse dormida.

Se había pasado todo el día en calzones y brasier, aprovechando que estaba sola. Se levantó para buscar más hielo y algo de tomar. Atravesó la galería, entró a la cocina y abrió la nevera: solo había agua. Sacó más hielo del congelador, llenó el balde. Fue al baño de servicio y orinó. Después se metió bajo la ducha, que era ínfima. Pensó que allí no podría bañarse cómodo un insecto. Salió mojada hasta la cocina, agarró un trapo de limpiar y se secó la cara. El trapo olía a cebolla, lo tiró a la basura. Abrió la despensa, sacó una almohadilla de pan y untó una torreja con mayonesa. Era lo primero que comía en el día. Volvió afuera, se paró frente al terreno agrietado. El hueco por el que pasaría la tubería era el corredor sin techo de la casa de un gran topo. No se oía nada, solo pájaros y, cada tanto, la bocina de un bus lejano. Inés volvió a la tumbona. Se acostó y cerró los ojos.

Otra vez, la explosión.

Cuando abrió los ojos descubrió en el cielo puntos de colores. Tardó unos segundos en entender que eran fuegos artificiales. Venían del pueblo. Eran por las fiestas de la Virgen, seguramente. Al rato oyó el citófono. Tenía un timbre rarísimo, apagado y nasal. Era uno de esos aparatos que habían sido modernísimos en los sesenta. Se levantó, atravesó la galería, entró a la cocina

y miró el reloj. Las siete. El citófono volvía a sonar.

—¿Sí? —contestó.

—Señora, soy el celador de la cuadra, vengo a traerle un sobre.

—Ya —sintió la boca pastosa—, por favor, déjelo en el buzón.

El hombre dijo que bueno. Ella esperó a que se fuera, salió hasta la puerta y sacó el sobre del buzón. Era una nota de Susana. Decía que había estado llamándola por teléfono, que no había podido comunicarse y que no dejara de ir a la fiesta de esa noche; le enviaría un chofer a las ocho, para asegurarse. Inés entró a la sala y alzó el teléfono. Estaba muerto.

Se bañó. Se puso su vestido turquesa, que era liviano. Se aplastó los pelos y se amarró una pañoleta de seda que le había regalado Michel. Se puso unas sandalias planas, porque los pies no le resistirían otros zapatos: estaban hinchados. Antes de irse alzó el teléfono para ver si tenía tono. Nada.

*

Alguien le hablaba de lejos. Y todavía más lejos, como detrás de un vidrio, se oía otra voz:

—*¡Gracias a todos los huecos en los que alguna vez enterré mi verga!* —
Era el amigo de Leonardo.

Inés giró la cabeza y lo vio encuero, en el trampolín de la piscina, usando una botella de micrófono.

—*Gracias por este premio* —ahora alzaba la botella al frente, con ambas manos—, *mi culo sabrá disfrutarlo.*

Inés se tocó la cabeza, ya no tenía su pañoleta. Se sentía mareada.

—*Gracias a todos y cada uno de los...*

—¿Entonces? —Ahora era Leonardo. Estaba sentado en el piso, a su lado —. Me estabas contando de este gordo que adelgazó con un té. ¿Es amigo tuyo?

Inés tenía la garganta seca, las palabras se le atoraban. Sintió un dolor en el muslo: Leonardo la estaba mordiendo. Le apartó la cabeza de un empujón muy débil. Estaba desnuda y él también. Al lado de la tumbona había una mesita con una botella de whisky casi vacía.

—¿Dónde está mi pañoleta? —Volvió a tocarse la cabeza.

—¿Qué dices? —dijo Leonardo.

En la piscina alguien daba brazadas.

—*Gracias a todos los labios que supieron succionarme...*

—No me siento los pies —dijo Inés.

Un rato antes, Inés, Leonardo y el amigo de Leonardo se habían metido en la piscina. Inés recordaba eso y recordaba unos dedos pellizcándole los pezones. Recordaba que había pensado, quizá dicho también, que en el agua el roce de los cuerpos se sentía artificial, como si estuvieran envueltos en papel film. Ahora el amigo de Leonardo y Susana estaban frente a ella, besándose. El tipo tenía la pañoleta de Inés amarrada en el pito: lo tenía encogido, morado, metido hacia adentro como una media. Inés sintió que le ardía algo por dentro. Quiso pedirle que se la quitara y se la devolviera, pero no le salió una palabra. El tipo soltó a Susana y se inclinó sobre la mesita del whisky, vació lo que quedaba en la botella sobre las tetas de Inés y se agachó para lamerla, pero Leonardo lo frenó:

—Déjala, no ves que no sabe ni dónde está.

El tipo dijo algo que Inés no entendió y se tiró en la piscina. Al fondo se escuchó la risa de Susana. Inés cerró los ojos y sintió que algo la aplastaba hasta dejarla casi sin aire. Abrió los ojos.

—Quietita. —Leonardo estaba trepado de piernas abiertas sobre su vientre. Se lamía la mano y la tocaba abajo—. Tienes el chocho seco y cerrado como una ostra.

Le metió un par de dedos, empujó fuerte y una uña debió rozarla por dentro, porque Inés sintió que sangraba y le ardía.

—Por favor... —murmuró.

Quiso decirle algo sobre su cáncer, sus defensas bajas. Pensó que ya se lo había dicho antes.

Leonardo metía y sacaba los dedos como si destapara una cañería y con la otra mano se hacía la paja. Se vino con un bramido y se dejó caer sobre Inés, aplastando con el cuerpo su propio semen.

*

Al día siguiente Michel le llevó los ingredientes para que hiciera una lasaña. Inés la sirvió en la mesa de la galería. Michel barría las hojas del jardín, era muy torpe con el rastrillo. Las antorchas estaban prendidas.

—Ya está el almuerzo, mi amor.

Inés estaba mareada, le dolía mucho la cabeza. Michel se acercó, sirvió coca-cola en dos vasos con hielo.

Esa mañana, cuando volvió del condominio, Inés se había metido en la ducha y se había quedado ahí sentada durante horas. Después llegó Michel con un escándalo porque no le contestaba el teléfono. Está dañado, se defendió Inés. Pero cuando Michel fue y lo revisó, vio que no estaba dañado, sino desenchufado. Eso lo puso peor.

—Te veo desmejorada —le decía ahora, masticando—. No fue una buena idea que te mudaras acá.

Inés se rio sin ganas:

—¡Pero si todos estaban encantados!

Michel apartó su plato:

—Estás insoportable, madre.

¿Madre? Nunca le había dicho así.

—Come —dijo Inés—, que se te va a enfriar.

Después probó la lasaña, pero no le pasó de la garganta.

—¿Dónde está la señora que viene a limpiar?

Inés alzó los hombros:

—No viene sino hasta al martes.

—¿Por qué?

—Por las fiestas de la Virgen.

—¿Qué virgen?

—Yo qué sé.

Comieron en silencio. Ella tragaba bocados diminutos con dificultad. Le dolía el cuerpo, le dolía todo. Al poco rato se alborotaron los jejenes y Michel se levantó a atizar una de las antorchas del jardín para que el humo los espantara. El aire podrido que llegaba a la galería fue reemplazado por el olor dulzón de la citronela.

Inés se tocó las sienes, le palpitaban. Michel volvió a hablar:

—¿Qué has comido en estos días? No había nada en la nevera.

—Ya sé, por eso te pedí que me trajeras un mercado. Acá no es fácil salir a comprar cosas.

Michel terminó su plato y ella le sirvió otra porción. Las manos le temblaban, tenía escalofríos. Se secó el sudor con la manga de la blusa. Michel la miraba y eso la incomodaba, era como si estuviera escaneando cada hueso de su cuerpo maltrecho.

—¿Estás tomando las pastillas?

—Sí.

—¿Las vitaminas también?

—Sí.

—¿Estás haciendo los estiramientos?

—Todos los días.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

Inés había abandonado su plato y miraba el jardín: la llama de una antorcha

flameaba por culpa de la brisa y hacía que el humo se elevara en una línea blanca y curva, que al final se disolvía.

Sintió ganas de fumar.

Una vez, a mitad de tratamiento, había sentido la misma urgencia por un cigarrillo. Ella no fumaba, lo que lo hacía más extraño. «Es el modo en que expresas tu deseo de morirme —le había dicho el doctor—, y estás en todo tu derecho de querer morirme». Ella no daba más: se desmayaba cada dos por tres, vomitaba hasta el agua y se sacaba costras ensangrentadas de la cabeza.

Inés se tocó la cabeza.

—¿Te duele? —dijo Michel.

—No, me molestan estos pelos, me pican.

—Ponte la pañoleta que te di, ¿no te gusta?

Aquella vez, cuando casi deja el tratamiento, Michel y Gerardo la esperaron afuera de la habitación: habían insistido en quedarse adentro, pero el médico les dijo que algunas cosas era mejor hablarlas a solas con el paciente. Inés dijo: «Sí, el doctor tiene razón», y ellos la miraron como dos criaturas desamparadas.

«No, doctor, que se le tuerza esa boca, yo no quiero morirme». Y el médico la miró con tristeza, casi decepcionado. Inés le preguntó: «¿Qué tan seguro es que, aun con el tratamiento, no me muera?». El médico alzó los hombros en un gesto que a ella le pareció el *summum* de la crueldad. Y pensó: «¿Qué le cuesta mentirme?».

Michel se metió un bocado grande de lasaña.

—No te ves nada bien, mami —dijo, otra vez masticando. Tragó lento y repitió, severo—: Nada bien.

Sus ojos la evadían, brillantes, rencorosos.

Inés empuñó una mano y golpeó la mesa:

—¡Pero por Dios! —dijo—, si estoy perfecta.

USTED ESTÁ AQUÍ

Detrás de la recepción decía: «Bienvenido al hotel más grande de Europa». Decía lo mismo en los ceniceros, y lo había dicho el botones que abrió la puerta de la *van* del aeropuerto:

—Bienvenido al hotel más grande de Europa —y señaló el edificio con el brazo, en un ademán rimbombante.

Pedro dijo:

—Gracias, muy amable. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón —. Disculpe, no tengo cambio.

La mujer que lo chequeó le dijo que fuera inmediatamente a cenar.

—Prefiero subir a dejar la maleta y lavarme la cara porque vengo cansado.

Se sintió ridículo dándole explicaciones. De todas formas, no parecía estar escuchándolo. La mujer negaba con la cabeza:

—Usted está en la habitación 1439, si sube y hace todo eso que dice, el restaurante va a cerrar.

—¿No hay ascensor?

—Le sugiero que vaya ahora mismo a cenar.

Los españoles tenían un modo grosero de decir las cosas, pensó Pedro, y arrastró su maleta pesada por el pasillo que le indicó la mujer. Era un pasillo interminable, con columnas doradas a cada lado y pisos de mármol muy brillante. Recordó que le había dicho a Jimena que antes de salir para el aeropuerto la llamaría, pero se olvidó. Y ahora se iba a preocupar, porque Jimena era muy nerviosa. Ojalá no se le diera por mirar el noticiero: el aeropuerto de Madrid había colapsado por un accidente; no saldrían aviones en las siguientes doce horas. Los pasajeros habían sido derivados a ese hotel.

«¿Hay muertos?», le había preguntado Pedro a una azafata que parecía muy diligente durante la evacuación. «No puedo darle esa información», contestó. No hacía falta. En su tono se revelaba que sí, que había. Muchos, probablemente.

Hacía años, cuando todavía no habían nacido los niños, Pedro y Jimena vieron un muerto en la carretera. Iban para la finca de unos amigos en el carro de la madre de ella. Jimena se agarró a llorar, histérica, y él tuvo que orillarse, sacudirla por los hombros y darle un par de palmadas fuertes en la cara. Pedro no volvió a mencionar el episodio, pero durante un tiempo le quedó en la cabeza la cara pálida del muerto, con la piel hinchada y estirada como si le hubieran puesto una manguera de aire en la boca y lo hubiesen inflado.

A mitad de pasillo, rumbo al restaurante, había un espacio redondo con una fuente en el medio al que daban algunos balcones. Pedro se paró cerca de la fuente y miró el techo. Había un hueco por donde se veía el cielo.

—Señor —pocos metros más adelante un hombre con traje de chef le hacía señas para que entrara a un salón—, ¿va a cenar? —le decía, y se enjugaba la cara con un pañuelo.

—Sí.

Los pasajeros hacían fila frente a un bufet, con sus *vouchers* en la mano y su aspecto trajinado. Toda la comida era cremosa. Hasta las verduras tenían una vinagreta blancuzca que apenas se servía en el plato se endurecía, adquiriendo la textura de un yogur. Pedro se sirvió un salteado de habas y una copa de vino blanco.

El salón era enorme, pero solo estaba habilitada una parte. Había lugar para sentarse en dos mesas: en una había dos muchachas jóvenes y en la otra un muchacho flaco que comía apurado, con la cara muy cerca del plato: eligió a ese. Las muchachas parecían simpáticas, pero para qué arriesgarse. Era probable que al cabo de un rato terminaran por despreciarlo, y él prefería

evitarse ese lapso incómodo en que ellas fingirían tolerar al cuarentón fofo, con su maleta pesada y sus comentarios sin gracia.

El muchacho flaco se comió todo lo que había en su plato y repitió. Pedro apenas probó sus habas; le pidió al mesero que le rellenara varias veces la copa de vino. El muchacho era ecuatoriano. Había ido a España para asistir a un curso en un pueblo aragonés cuyo nombre no recordaba. El curso había sido malísimo, pero las mujeres le gustaron mucho.

—Me va bien con las europeas —dijo, mientras masticaba un puré de color sospechoso, y a Pedro le costó creerlo—. Se andan con menos vueltas.

Pedro asintió.

—...yo voy a lo que voy —dijo el ecuatoriano, al tiempo que hacía un gesto con la mano, como de un pez que avanza, que Pedro no supo a qué atribuir.

—¿Fumas? —le preguntó Pedro, cuando el restaurante casi se había vaciado y le pareció que el muchacho no podría comer más nada. Quería salir de allí, volver al lugar redondo con el hueco en el techo. Quería fumarse un cigarrillo.

El ecuatoriano se empinó lo que quedaba en su vaso de coca-cola y salieron; Pedro, con su maleta pesada; y el otro, con un maletín tejido que se colgó en la espalda. El pasillo estaba igual de vacío que una hora antes. Diagonal a la puerta del restaurante había otra puerta: de adentro salían los destellos de una bola de espejos. Se asomaron, el tipo de la barra alzó el mentón a modo de saludo. El cocinero del restaurante era el único cliente.

—¿Nos tomamos algo? —le preguntó el ecuatoriano.

Pedro dijo que prefería ir a fumar al lugar que le había dicho, pero el ecuatoriano entró igual. Él lo siguió; se sentaron en la barra, al lado del cocinero. Pidieron dos gin-tonic. Pedro se puso un cigarrillo en los labios, buscó el encendedor en los bolsillos de su chaqueta y de su pantalón, pero no lo encontró:

—¿Tendrás fuego?

El ecuatoriano dijo que no. Pedro miró al barman y el tipo negó con la cabeza:

—Acá no se puede fumar.

Pedro le sostuvo la mirada. Tenía aspecto de árabe. Le pareció muy mal que lo dejara pedir los tragos para después decirle eso. Era obvio que iba a fumar: traía la cajetilla en la mano, traía cara de ansiedad, lo habían bajado de un avión porque había muertos regados en la pista y les habían dado unos *vouchers* para comer esa comida babosa. El ecuatoriano se levantó de la barra y fue a poner música en un aparato que imitaba a una rocola, pero era una computadora. Pedro se volvió hacia el cocinero, que meneaba su vaso:

—¿Le molesta que fume?

El cocinero miró al barman y el barman negó con la cabeza:

—No se puede.

El cocinero alzó los hombros. Pedro se agarró la cabeza con las manos. Quería echarse en una cama y dormir. No desharía la maleta. A la mañana siguiente se pegaría un baño y se pondría la misma ropa y pasaría el día tomando tragos dulces con paragüitas de papel en la terraza. A la tarde se iría al aeropuerto y volvería a su casa, a su cama, a dormir con Jimena.

La llamita de un encendedor le iluminó la cara: el barman se había apiadado.

—Uno solo, y si viene alguien lo apagas —le dijo, con un acento que le hizo recordar una telenovela que su madre miraba cuando él era chico: *Renzo, el gitano*. Debía ser andaluz, no árabe.

Pedro giró la banqueta hacia la pista y chupó hondo el cigarrillo. Retuvo el humo con los ojos cerrados. Cuando abrió los ojos vio al ecuatoriano bailando con una de las muchachas que estaban en el restaurante. El cocinero seguía al lado:

—¿Vio el accidente? —le preguntó con la lengua enrevesada.

Pedro se preguntó desde cuándo estaría tomando: no hacía una hora que estaba atendiendo el bufet. A lo mejor siempre estaba borracho. A lo mejor escupía la comida. Pedro negó con la cabeza.

—Dicen que hay muchos muertos —dijo el cocinero.

—Eso dicen.

—¿Cuántos?

—No sé.

El cocinero se empinó el vaso y lo acabó.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó después.

—Vendo cosas.

—¿Qué cosas?

Pedro alzó los hombros:

—Aparatos.

—¿Electrodomésticos?

—Sí, algo así.

No tenía nada que ver con electrodomésticos.

—Ya.

El cocinero rellenó su vaso con una botella de vodka que el barman había dejado en la barra hacía unos minutos.

—¿Y de verdad este es el hotel más grande de Europa? —le preguntó Pedro y el cocinero alzó las cejas, asintió enérgico.

El barman hablaba en un extremo de la barra con la otra muchacha, la amiga de la que bailaba con el ecuatoriano. Parecían dominicanas, o algo así: oscuritas, nalgonas. Sonaba una canción que no se correspondía con el entorno frío del bar: *Tus ojos negros junto al sol, alegran tu sonrisa.*

—¿Y alguna vez se llena? —preguntó Pedro.

El cocinero movió la cabeza en señal de duda. Después frunció el ceño:

—¿Se llena qué?

—El hotel.

—Ah, sí, para las convenciones.

—Ya.

—Y vienen empresarios y vienen promotoras.

El cocinero hizo el gesto de relamerse. Justo aparecía el ecuatoriano. La muchacha con la que bailaba se metió al baño.

—¿Las promotoras son europeas? —preguntó el ecuatoriano.

—A veces —contestó el cocinero.

—Ufff —dijo el ecuatoriano, como si una promotora estuviera ahí mismo, arrodillada frente a él.

—...a veces también son asiáticas.

El ecuatoriano negó con la cabeza:

—Esas no me gustan.

A Pedro se le durmió la pierna. Se paró y apoyó el pie en el piso. Sintió lo de siempre, pero con más intensidad: alfileres diminutos pinchándole la piel. El cocinero y el ecuatoriano seguían hablando de promotoras. Pedro pensó en los muertos del accidente y quiso abrazar a sus hijos. Abrazarlos muy fuerte, a los tres juntos, hasta que patalearan y lo empujaran pidiendo aire.

—Me anota el trago a la 1439, por favor —le dijo al barman, que batió la mano y contestó:

—Déjalo así.

*

Le habían dicho que le correspondía el ascensor del fondo y tendría que caminar lo equivalente a dos cuadras. Pedro estaba en la puerta del bar y miraba el espacio enorme frente a él. No se imaginaba una convención que pudiera llenar todo ese espacio. Quizá tres convenciones al tiempo, pero no de asiáticos porque eran chiquitos. El hueco por donde se veía el cielo estaba atrás, en sentido contrario al ascensor. Adentro del bar, el ecuatoriano le

hablaba al oído a la muchacha y ella se reía. El barman había vuelto a sentarse frente al cocinero y la otra muchacha había desaparecido. ¿Qué hora sería?

—Permiso —escuchó Pedro a sus espaldas.

Era la muchacha del barman. Quería salir, pero él y su maleta la estaban bloqueando.

Se echó a un lado y la muchacha pasó.

—¿Qué llevas ahí, un muerto? —se rio. Pedro trató de sonreír:

—Aparatos —contestó—, vendo aparatos para...

Para qué explicar, igual nadie entendía.

—Ya —y se quedó parada enfrente.

Era joven, no exactamente una belleza. Habría podido ser bonita si no tuviera las mejillas manchadas por el acné.

—¿Fumas? —le preguntó Pedro.

Ella asintió. Él le dijo que había un hueco por donde se veía el cielo, que estaba allá detrás —señaló—, que si quería fumarse un cigarrillo ahí. Ella dijo que sí.

*

La muchacha se llamaba Rosario y no era dominicana. No le dijo de dónde era: del Caribe, en todo caso. Pedro no insistió. Ella tampoco le había preguntado de dónde era él. Le había dicho: «Acá en Europa da igual». Pedro le contó que ese era su primer viaje a España y que casi no había salido del hotel. Había ido a una capacitación de su empresa, que se hacía ahí mismo donde se alojaba.

—Mejor —dijo Rosario.

Pedro asintió, pero no entendió el sentido del comentario. Y que a él no le importaba quedarse en el hotel, dijo, él no era un tipo muy curioso. A él le

gustaba lo simple: estar tranquilo, dormir bien, comer decente:

—Cuando viajo, siempre tengo problemas con la comida, sufro mucho con el estómago.

Estaba hablando demasiado, debía ser el vino, el gin-tonic. Rosario se reía: sus dientes eran grandes, blancos, muchos.

El hueco en el techo mostraba un círculo negro. La fuente estaba apagada y tenían que hablar despacito porque había algo de eco. Antes, cuando llegaron, se habían sentado uno al lado del otro, apoyando la espalda en la fuente. Pedro sacó los cigarrillos, pero no tenía fuego, se había olvidado. Después Rosario se acostó en el piso, se alzó el pelo por encima de la cabeza y le quedó como una aureola de rizos. Pedro se acostó a su lado:

—En la capacitación —le decía ahora—, uno de los tipos mostró un círculo negro en una pantalla y hundió el *zoom* hasta el fondo para poder ver el estado de los pixeles.

—¿Y por qué hizo eso?

Porque las imágenes perdían nitidez cuando los pixeles se morían. En la capacitación hubo discusiones sobre pixeles muertos y pixeles atascados, que no estaban muertos, pero era casi imposible recuperarlos. Los pixeles atascados estaban en el limbo de la pantalla negra, brillando, rojos.

—No sé —dijo Pedro. No quiso que la conversación tomara un rumbo muy técnico.

—Ya —dijo Rosario. Y después—: No hay luna.

—No.

Rosario señaló el hueco negro:

—Pero me parece que veo una estrella.

No había nada.

Pedro sintió el olor a sudor que venía de su axila y tuvo una erección repentina. Había oído que las morenas transpiraban más fuerte que las blancas. Jimena era blanca como un papel y tenía venas azules que le

recorrían el cuerpo como circuitos. Y no olía a nada. A veces sí, a rancio.

La erección había pasado.

—El muchacho que está con Vivian —dijo Rosario—, ¿es tu amigo?

—¿Vivian?

—Mi amiga.

—Ah, no, no somos amigos. Lo conocí recién, en el restaurante.

—Es un pesado.

Pedro no supo qué contestar.

Volvió a pensar en la gente muerta. No había visto los cuerpos. Su avión fue vaciado rápidamente, sin que nadie les explicara nada. Afuera les contaron del accidente y una señora empezó a llorar, a dar gritos, y él se acordó del muerto en la carretera, de Jimena. Alguien preguntó si en el avión del accidente iba algún familiar de la señora que gritaba, pero no, simplemente estaba impresionada. La imagen de mucha gente muerta sobre la pista, la noche que se les caía encima y todas esas sirenas chillando afuera: eso debió impresionarla.

—¿Te da miedo morirte? —le preguntó Rosario, como si estuviera dentro de su cabeza.

—No —contestó, quizá demasiado rápido.

Rosario se estiró en el piso y el olor de sus axilas se hizo más fuerte.

—A mí tampoco. Dicen que la muerte ocurre en menos de un segundo, uno no puede tenerle miedo a algo tan cortito.

A Pedro le hizo gracia.

—Vivian: ella sí le tiene miedo a la muerte, y está convencida de que hoy estuvimos muy cerca de morir; por eso está como está con el bobo de tu amigo.

—No, no es mi amigo, es decir...

—Ay, no lo defiendas, tú debes estar pensando lo mismo, solo que no te atreves a decirlo.

—¿Decir qué? —Pedro se había perdido. Sintió ganas de fumar. No tenía fuego.

—Todos ustedes son igualitos, se hacen los muy machos, y después les pasa algo así y se cagan encima, y todo lo que quieren es que una mujercita los limpie con la lengua.

Rosario se reía.

—¿Qué?

Pedro se volvió a mirarla. Ella se había sentado: el *jean* le apretaba en las caderas y se le hacían unas protuberancias de carne en los costados.

—¿Por qué mejor no me lo pides directamente? ¿Por qué no te ahorras todo el cuento del hueco en el techo, y el cielo y el cigarrillo?

—No sé qué quieres que...

—Ven.

Rosario puso una mano en su nuca y lo atrajo hacia ella.

*

Pedro le había quitado el volumen al noticiero que repetía las imágenes del accidente. Mostraban los cuerpos en la pista, tapados por mantas blancas, y las camillas que se los llevaban rápido como si fueran de utilería. Rosario dormía de lado, desnuda: las carnes sueltas eran mucho más agradables que embutidas en el *jean*. Pedro puso atención especial en el pliegue de su cintura: una raya en la piel parecida a la abertura de una alcancía. Hacía un rato habría jurado que Rosario era de esas mujeres rellenas a las que, cuando se ponían cierta ropa, los hombres fantaseaban con quitársela, pero después el resultado era decepcionante. No había sido decepcionante, no tanto. O quizá le sentaba bien la posición horizontal. Rosario abrió los ojos y se encontró con los suyos, escudriñándola. No se cubrió:

—¿Qué haces? —sonrió.

Pedro volvió los ojos al noticiero: un reportero hablaba, pero él no lo oía.

—¿Qué mirabas? —dijo Rosario. Y casi enseguida—: No escuché lo que dijiste.

—No dije nada.

—¿Mirabas el noticiero? —insistió ella.

Pedro cambió varias veces de canal con el control remoto hasta que llegó a uno que no pasaba nada: lluvia.

—¿Esos son pixeles? —preguntó Rosario.

—No.

—Parecen pixeles.

La conversación lo aburría.

—...habría jurado que eran pixeles, esos.

Rosario puso la mano en su pierna y lo acarició. Pedro estaba incómodo. Por qué no habían ido a la habitación de ella: así solo habría tenido que irse. Su maleta había quedado abajo, apoyada contra la fuente.

—¿Y qué es lo que vendes?

¿Por qué no podía callarse? Rosario le gustaba dormida, y ni siquiera le gustaba tanto.

—Los pixeles se mueren —dijo Pedro.

—¿Ah sí?

Ella se puso boca abajo, abrazó una almohada y lo miró, haciéndose la interesada. Pedro puso la mano abierta sobre la nalga de Rosario que tenía más cerca. Estaba tibia. La apretó fuerte y ella le pegó un manotazo.

—¡Hey!

Se cubrió con la sábana.

Antes, Pedro no se había venido: se había limitado a mirar los movimientos de Rosario sobre él, que estaba acostado boca arriba muy en el borde de la cama. Rosario había apoyado una pierna en el piso y se agarró de la cabecera. Hizo ese típico movimiento circular con las caderas, como si

estuviese amasando algo, dándole forma a un trozo de arcilla.

Pedro se levantó de la cama, buscó su pantalón en el piso y empezó a ponérselo. Pensó que debía buscar su maleta. Se sintió cansado, impaciente, quería pegarse un baño, llamar a Jimena. Rosario había prendido un cigarrillo. En la mesita de noche había una caja de fósforos que traía dibujado un pequeño mapa del hotel con una cruz que señalaba la ubicación de la habitación: *Usted está aquí*. Eso lo había angustiado: estar ahí, bajo esa cruz, en ese lugar tan enorme y tan extraño. Atascado.

—¿Quieres? —Rosario le ofrecía su cigarrillo.

Pedro dejó de vestirse y lo agarró. Fue hasta la ventana, apartó las cortinas. Se veía un gran patio interno que conectaba ese edificio con otro y, detrás, un poco desplazado hacia la izquierda, se alcanzaba a ver otro, y después otro, y así, la sucesión de edificios iba dibujando un contorno semicircular.

Usted está aquí.

¿Y dónde estaban los demás?

—¿Cómo es un pixel muerto? —preguntó Rosario.

Pedro se volvió a mirarla y no la encontró: ella había apagado el televisor y estaba todo muy oscuro, salvo ese rincón en la ventana. Volvió los ojos al patio gigante, chupó el cigarrillo.

—Es un punto rojo sobre un fondo negro.

COSAS PEORES

Titi se llamaba Ernesto, como su tío materno, que hacía las veces de papá. El papá de Titi vivía en otra ciudad con su otra familia, pero iba a visitarlo cada quince días. No era una ciudad lejana. Quedaba a una hora en carro y su papá tenía un carro rapidísimo. Titi solía esperarlo sentado en la vereda de su casa, vestido con un *jean* oscuro y una camisa de manga larga, que le daba calor. A su mamá le gustaba vestirlo así cuando venía su papá. Desde la vereda, Titi podía oír el motor resonando cuerdas antes de llegar; a los pocos segundos sonaba un chirrido y se levantaba una polvareda de tierra amarillenta que lo cubría todo.

En su cabeza —como solía explicárselo a sí mismo, o a veces a su tío Ernesto— a Titi le gustaba ver a su papá, pero en la vida real no la pasaba tan bien con él: no compartían muchas cosas. El papá de Titi, que se llamaba Daniel, era esencialmente un tipo atlético. Practicaba todo tipo de deportes y corría cada mañana con un grupo de personas que se inscribían en las maratones de aficionados que organizaban las marcas deportivas. Titi no había heredado ni uno solo de esos genes. Era un caso raro. Su mamá, que se llamaba Fanny, no era tan atlética como su papá, pero era una mujer espigada como una garza: así le decían las amigas del club de lectura, que se reunían los martes en su casa. Cada vez que le decían eso, ella miraba de reojo a Titi, que simulaba estar viendo televisión echado en el piso de la sala, panza arriba, como un pequeño mamut. Luego le indicaba a sus amigas, con señas, que por favor hablaran de otra cosa.

—Naciste así, mi amor, no hay nada que podamos hacer para remediarlo —le explicó su mamá la primera vez que Titi le preguntó por qué era tan pero

tan gordo.

Titi había nacido con un sobrepeso poco común, y su condición, según los médicos, no supo tratarse desde temprano. Al principio, Fanny no veía mayor problema en que fuera un bebé gordo; al contrario, para ella era un síntoma de buena salud. Daniel, en cambio, insistió en que lo sometieran a una dieta, que consultaran a un especialista en nutrición.

—¿Quieres que le haga una liposucción? —le decía Fanny—. ¿Quieres que tu hijo se parezca a la anoréxica de tu amante?

Para ese momento el papá de Titi ya vivía con su otra mujer. Ella sí era como él: atlética. También era mucho menor que Fanny y trabajaba en una multinacional, no en una biblioteca pública. Cuando Titi tenía cinco años, tuvo una hermanita que a los seis meses ganaba carreras de ganeo en el *nursery* al que la llevaban; a los nueve meses caminó; a los catorce meses corría a la velocidad de una liebre cazadora. Al menos eso le contaba su papá, que había mandado a hacer camisetas con una foto de la nena empuñando un trofeo en forma de biberón, que decía: «Soy veloz». Cuando Titi se ponía la camiseta, la cara de su hermanita se ensanchaba hacia los lados. Pero no se la puso muchas veces. Faltó que Fanny la descubriera entre la ropa sucia para que empezara a usarla como trapo de limpiar.

Su papá dedicaba buena parte de las veladas que pasaban juntos a tratar de convencerlo de que practicara algún deporte o de que, al menos, cada mañana le diera una vuelta caminando a la manzana de su casa.

—El primer día camina hasta la esquina y vuelve. Después súmale la cuadra siguiente, y así, cada día te vas poniendo nuevas metas.

Titi lo escuchaba atento, mirándolo de frente, mientras succionaba el sorbete de su jugo de frutas sin azúcar, que era lo único que le permitía tomar su papá cuando salía con él.

—¿Lo vas a hacer, hijito? —le preguntaba al final, con una cara de desolación que hacía que Titi asintiera enérgico, aunque sabía que nunca

haría cosa semejante; no podía hacerlo por lo de su insuficiencia respiratoria. Le parecía extraño que su papá no supiera eso, pero tampoco tenía ganas de explicárselo.

*

Hubo una época en que las compañeras de colegio de Titi se dedicaron a rondarlo sigilosas: se le iban acercando de a poquito y, de buenas a primeras, le pinchaban la barriga con lápices de punta afilada para ver si se desinflaba. A veces le sacaban sangre, y eso era grave porque Titi tenía problemas de coagulación. Entonces corría hasta la enfermería, con dificultad, para que lo curaran y llamaran a su mamá o a su tío. Los niños le hacían otras bromas: le llenaban el pupitre con restos de comida. En general lo hacían el viernes, al final del día, y cuando Titi llegaba el lunes se encontraba con una nube de abejas y moscas sobrevolando su puesto, embutido de comida podrida. Por eso ya no dejaba los libros ni los cuadernos. Cargaba con todo, todos los días, a pesar de que le hacía doler la espalda. Por suerte, su tío Ernesto lo llevaba cada mañana y lo buscaba cada tarde, y lo ayudaba con la mochila. Pero en el colegio se lo veía andar por ahí, con la cara mantecosa de sudor y su bulto de libros auestas como un gran caparazón. Algunas maestras lo invitaban a merendar con ellas; entonces Titi podía descargarse y sentarse un rato a descansar. Titi siempre quiso a sus maestras, aunque no entendía por qué ellas no podían hacer que sus compañeros dejaran de molestarlo.

*

Cuando Titi cumplió doce años dejó de usar *jeans*. La talla de niño grande o adulto pequeño no le quedaba, y la de adulto medio le daba vergüenza. «¿Vergüenza con quién?», chillaba Fanny, y Titi miraba a la vendedora de la tienda y alzaba los hombros. Optaron por las sudaderas de algodón. Por esa

época su tío Ernesto dijo que ya era hora de que le dieran un poco más de independencia: a los doce años todos los muchachitos iban y venían del colegio en bicicleta o en bus. El mismo Titi, con su permiso, ya había salido solo algunas veces. Fanny se opuso. Primero, Titi no cabía en los asientos de los buses y la gente, en vez de ser comprensiva y solidaria, lo empujaba brusca, haciendo que el muchachito se replegara como un bulto hediondo en el escalón del fondo, donde no podía ver bien la parada de su casa y terminaba pasándose. Eso a Titi no le parecía particularmente malo: sentado allí podía mirarle los calzones a las señoras que iban de falda y eso le gustaba. Segundo, la bicicleta de Titi era demasiado aparatosa y nunca había aprendido a manejarla bien. Se podía caer y raspar y, Dios no lo quisiera —decía Fanny con el mentón tembloroso—, desangrarse antes de que llegara una ambulancia.

No se volvió a mencionar el tema.

—¿Cómo estuvo tu día, campeón?

Últimamente su tío le decía campeón, y eso a Titi no le gustaba. Estaba claro que él no era ni sería nunca campeón de nada, y le parecía una grosería que alguien le dijera eso. Titi alzaba los hombros y le gruñía a su tío algo incomprensible como única respuesta.

—Es la adolescencia —le decía Fanny a su hermano cuando él le venía con que Titi se estaba portando raro: hosco e introvertido. A Fanny le molestaba la atención excesiva que algunas personas ponían en las deficiencias de su hijo, como si todo lo que hacía o dejaba de hacer tuviera que ver con su peso. Y no, se decía Fanny, había cosas que no. Ernesto no insistía, pero se quedaba incómodo y molesto porque, a medida que crecía, Titi se iba haciendo una persona más ausente. Se pasaba horas con los ojos enterrados en un jueguito electrónico que consistía en cazar personas con una red inmensa que se autogeneraba a partir de los gargajos que lanzaba el jugador: un muñeco diseñado por Titi, a imagen y semejanza del propio Titi.

*

—Su condición le impide socializar normalmente; pasa más tiempo en la enfermería que en el salón de clases.

La profesora hablaba de un modo que a Fanny le pareció absolutamente impostado:

—No será para tanto —dijo.

Daniel, que estaba a su lado, la miró como si recién la descubriera.

Para ese momento Titi tenía catorce años, pesaba ciento nueve kilos y le habían descubierto una nueva afección: era alérgico. No era alérgico a tal o cual cosa, era simplemente alérgico. Cada tanto le aparecían unas protuberancias en la piel que le picaban horriblemente y solo podían controlarse con una inyección carísima.

—¿Y usted qué nos recomienda, señorita? —dijo Daniel, frunciendo el entrecejo, mirando a la profesora con un gesto que intentaba aparentar preocupación pero que, Fanny sabía, era lascivia pura y dura.

—Yo diría que necesita un colegio especial —dijo la profesora, y Fanny sintió como un puñetazo en la cara. Miró a Daniel, que estaba pensativo: su frente atravesada por tres líneas rectas y profundas. Imaginó que él imaginaba cosas que podría hacerle a la profesora con la lengua. El hombre estaba obsesionado con la lengua; habían pasado años, pero ella bien que se acordaba. Fanny se levantó de la silla y respiró hondo, se presionó el entrecejo con el dedo índice y lo movió en forma circular.

—¿Se siente bien, señora? —dijo la profesora.

—Lo que está diciendo es inaceptable —contestó ella—. ¿Sabe que la puedo denunciar por discriminación? No puede ser que no quieran a Titi en este colegio solo por ser gordo.

—No es eso, Fanny, es que... —Daniel empezó a hablar, pero Fanny agarró su cartera y salió del salón, del colegio, de la cuadra, del barrio y llegó

caminando hasta su casa.

Esta vez Ernesto la apoyó:

—De ninguna manera.

Titi estaba presente:

—Quiero ir a un colegio especial —dijo, sin apartar los ojos de su jueguito electrónico.

Fanny lo miró, deshecha:

—Pero, no eres «especial».

Los hombros, que solía mantener erguidos y rectos como una percha de ropa, se le vinieron abajo. Ernesto miró el piso. Titi pinchó el botón de *shoot* y mató a tres. Alzó la cara y le dijo a su madre:

—Entonces no quiero ir a ningún colegio.

*

—Su chico no es especial —dijo el director del colegio especial y Fanny empuñó las manos.

—Claro que es especial, ¿no lo vio bien? Le puedo recitar durante horas todas las enfermedades de las que sufre por culpa de la obesidad. O quizá es al revés: la obesidad es un síntoma más de las múltiples deficiencias de su organismo. Aunque eso nunca lo sabremos.

Ese día Titi iba vestido con un conjunto gris de pantalones tipo bombacho y camisa muy ancha de algodón; su mamá se lo había mandado a hacer con una modista del barrio. Era un pequeño Buda. Fanny pensó que exagerando su gordura, lo tomarían más en serio. Titi esperaba afuera de la oficina del director con su tío Ernesto, que elogiaba los espacios amplios del colegio y los jardines frondosos y el laboratorio de química con esos pequeños fetos en formol, mientras Titi alcanzaba la última etapa de su juego. Cuando estaba en esas, Titi parecía en trance: las pupilas sobredilatadas, los vasos inyectándole

sangre en la córnea amarillenta y el resto de la cara distendida; la quijada se le aflojaba y dejaba caer lo que tuviera en la boca. Baba, mayormente.

—Vámonos.

Fanny salió de la Dirección con paso decidido y Ernesto se levantó de un salto:

—¿Y? ¿Cuándo empieza las clases?

—Nunca.

*

A los dieciséis solo podía usar kimonos. Su obesidad, habían descubierto, era progresiva y, a estas alturas, incontrolable. Con el tiempo se irían deteriorando, primero, sus funciones motrices, y después, los órganos internos. Era difícil predecir a qué velocidad. Por el momento lo más complicado era caminar, así que decidieron limitárselo al máximo. Una enfermera lo asistía de nueve a cinco, cuando llegaba Fanny del trabajo y la relevaba. De todas formas, Titi no hacía mucho más que jugar en la computadora —que habían colocado en una mesita auxiliar enfrente de la cama y tenía controles—, comer lo poco que su dieta le permitía —granos, sopas y papillas— y caminar hasta el baño.

—¿Cómo está mi príncipe valiente? —Cuando Fanny llegaba a la casa lo primero que hacía era ir al cuarto de Titi; siempre lo encontraba en la misma posición: con el cuerpo encorvado, la boca abierta y los ojos fijos en la computadora—. ¿La pasaste bien hoy?

—Genial, mamá, tuve un día fabuloso —le contestaba, amargo.

—¿Quieres jugar al Monopolio?

—No.

—¿Al parqués?

—No.

Titi había avanzado mucho en su juego de video. Se había conseguido un programa que le permitió modificar el diseño inicial: ahora el Titi virtual no lanzaba gargajos, sino que cargaba un arma que disparaba pequeñas cabezas de niños que, cuando impactaban en el objetivo, estallaban. La ciudad en la que se movía estaba hecha de escombros y restos de personas. La calle principal estaba asfaltada de huesos que, al pisarlos, craqueaban.

—¿A los naipes?

—...

A las nueve en punto lo llamaba su papá. Se veían poco: Daniel estaba muy ocupado en el trabajo. Era un trabajo nuevo que consistía, según le contaba a Titi, en gritarle a mucha gente inútil.

—Me gustaría que me contaras algo, hijo.

—No tengo nada que contarte.

Titi trataba de no perder la paciencia ni la concentración en el juego porque a esa hora era cuando mejor le iba. Por la mañana se levantaba de mal humor; después de almorzar tenía sueño; después de la siesta hacía calor. Nada de eso ayudaba a mejorar su *ranking*. Por la tarde llegaba su madre con su algarabía, después se aparecía su tío con su cara lamentable y, cuando por fin se iban todos, lo llamaba su papá. Titi todo lo que quería, por una vez en el día, era empuñar el control y disparar cabecitas.

*

—¿Es definitivo? —la voz de Daniel estaba quebrada.

—El médico habló de un tratamiento alternativo, algo experimental que hacen en Estados Unidos...

Fanny lloraba, hablaba en susurros desde el teléfono de la cocina, mientras vigilaba el pasillo con el rabillo del ojo, como si existiera la posibilidad de que Titi se levantara de la cama para espiarla.

—Si hay que llevarlo hasta allá, lo llevamos hasta allá. —A veces Daniel adoptaba unos aires optimistas que Fanny detestaba—. ¿Te dijo el doctor cuánto costaría todo el tratamiento?

—No.

—¿Va a parar el deterioro?

—No.

—¿Entonces?

—Puede alargarse... —Fanny se ahogaba.

—¿Puede qué?

Fanny colgó. Abrió el grifo, se lavó la cara. Fue hasta el cuarto de Titi y entró.

*

—No —dijo Titi, sin dejarla terminar.

—Pero, mi amor, es un tratamiento sencillo, muy fiable. Podrías hacer tantas cosas que...

Titi ni la miraba, no notaba la gravedad de su voz, estaba entregado a la pantalla. Y a la tos. Era un nuevo síntoma de su insuficiencia respiratoria: uno de los más peligrosos, porque si tosía con flema podía ahogarse. Por eso era mejor que permaneciera sentado.

El aire del cuarto estaba tan cargado de olores que Fanny se mareó. Se sentó en una esquinita de la cama, lloró en silencio y entrelazó las manos. En la computadora vio la cara del muñeco, igual a la de Titi, pero llena de cicatrices. Los pies eran los de un palmípedo; las manos, garras; y tenía tetas largas, lengüetas que le llegaban a las rodillas.

—Tú no tienes tetas, Titi —le dijo, en un tono que parecía más el de una pregunta que el de una afirmación.

*

—¿Titi tiene tetas? —le preguntó Fanny a Ernesto, mientras tomaban una infusión digestiva, después de la comida, varias noches después.

—¿Qué?

—Me parece que él cree que tiene tetas.

—No tiene tetas.

—Eso mismo digo yo.

Los dos sorbieron sus pocillos. Los dos pensaron que no había mucho más que decir al respecto. No era algo que pudiera debatirse: Titi tiene tetas, ¿sí o no? No. Eso habían dicho, y eso era. Punto.

*

—Quiero cagar —dijo Titi.

Desde hacía unos meses lo asistía un enfermero fortachón, porque la enfermera de antes ya no podía con su peso.

—¿Qué dices? —preguntó el enfermero, acercando su oreja a la boca de Titi, cuya voz se había debilitado. O no exactamente: la enfermedad hacía que el cuerpo aumentara de peso, pero algunos de los órganos internos mantenían su tamaño y resultaban insuficientes. En una radiografía era posible ver cómo sus cuerdas vocales se perdían dentro de la inmensidad de su aparato fonador: «Tiene la caja de resonancia de un elefante, pero con la capacidad de un mosquito», algo así había explicado Fanny alguna vez.

El enfermero lo sentó en el inodoro, entrecerró la puerta y esperó afuera.

—Ya —dijo Titi al rato, y el enfermero fue por él.

Por esa época se aburrió del juego; ya no podía mover los pulgares con tanta facilidad. Además, le dijo una tarde al enfermero, ya había superado todos los *rankings* posibles. Había llegado a jugar en línea con otros jugadores y también los venció. Fueron pocos: su juego estaba tan «customizado» que a nadie le parecía tan atractivo como a él. Hasta que ni

siquiera a él. Un día el Titi virtual se dejó matar por unos niños voladores que disparaban ácido por el ombligo y no se volvió a regenerar. Ese mismo día descubrió la ventana.

—Quiero salir.

—¿Qué dices?

Cuando consiguió entender lo que Titi le decía, el enfermero se quedó mudo. Al cabo de un rato dijo:

—Lo consultaré con tu mamá.

Fanny pensó que Titi no toleraría la lástima de los vecinos. Y ella tampoco. Pensó que era mejor no inventar complicaciones que no tenía, que eso era lo que la vida les había puesto y que las cosas estaban bien. Relativamente bien. Y que peor sería... Tantas cosas. Había cosas peores.

Después miró los ojos expectantes de su hijo y dijo:

—Pienso que es una gran idea.

—Yo también —dijo Ernesto. El enfermero asintió.

Tardaron tres días en organizar la salida. Fue un viernes a eso de las once de la mañana en una silla de ruedas que el enfermero consiguió prestada; lo llevaron a un parque cercano, en un horario no muy concurrido. Al cabo de una semana se convirtió en rutina. Daniel pidió vacaciones y pasaba a buscarlos: iban Ernesto, el enfermero y Titi adelante. Cuando llegaban al parque lo bajaban de la silla, lo sentaban en el pasto, la espalda contra un banco de piedra. Si Fanny se hubiese enterado, a lo mejor habría suspendido los paseos por el tema de la alergia; pero ninguno le dijo nada a Fanny. Los tres hombres se sentaban cerca de Titi, custodiándolo de los perros y los niños y las pelotas voladoras. Tomaban cerveza, le daban sorbitos; hacían chistes, hablaban de mujeres: amenazaban a Titi con llevarlo a un burdel. Se reían. Titi asentía, decía pocas cosas, se sonreía más por ellos que por él. Después decía: «Me duele la espalda», y lo ayudaban a acostarse boca arriba: la cabeza elevada sobre un almohadón, por si tosía con flema. Ahí dejaba de

oírlos. Se dedicaba a mirar las nubes, arrastrándose lentísimas: se preguntaba si iban o venían. Hacia dónde. Pasaban horas, pasaban días, pasaban nubes y Titi deseaba que alguna se detuviera y se derramara furiosa sobre él. Hasta arrasarlo, hasta que no quedara nada.

ALGO MEJOR QUE YO

—Ya lo pensé —le dijo Becky por teléfono—; me parece que no es un buen momento.

El día anterior, Orestes le había dicho que quería ir a visitarla. Ella le dijo que no, que tenía mucho trabajo. Él insistió: «Piénsalo». Y ya lo había pensado, eso le decía.

—Rebeca, por favor. —Becky odiaba que le dijeran Rebeca; después de decirlo, Orestes se arrepintió—. No va a haber ningún otro momento: tu mamá y yo no tenemos plata para viajar, vine especialmente a este seminario porque...

—No quiero verte —dijo Becky, sin la menor inflexión en la voz.

Orestes llevaba una semana en un seminario sobre educación en tiempos de Internet, en un pueblo pequeño cerca de Roma, donde vivía Becky.

—¿Pero por qué?

—Estás en crisis, no soy buena para lidiar con las crisis.

—Pero yo quiero verte, eres mi hija.

—No veo qué tiene que ver lo uno con lo otro.

—Voy a ir, punto final.

Becky suspiró.

El seminario era en una universidad muy distinta a la suya —no había grafitis en las paredes, no había mugre en los pasillos—, pero a Orestes no le interesaba el seminario. Ni siquiera lo entendía. Había averiguado entre sus colegas por seminarios en Italia y se inscribió en el que salía más barato. Le dijo al rector que si lo mandaban a ese seminario iba a subir de escalafón y eso le serviría tanto a la universidad como a él. Eso no era cierto. Necesitaba

mucho más que un seminario para subir de escalafón, y de todas formas ya no le servía de nada subir de escalafón porque en unos meses se iba a jubilar. El rector lo miró en silencio, las manos entrelazadas sobre el escritorio. Orestes le dijo que era gratis y que los participantes se alojarían en la residencia de la universidad. Solo necesitaba el pasaje. Eso tampoco era cierto: usaría parte de sus ahorros para pagar la cuota de inscripción y el alojamiento en una residencia de estudiantes nada glamorosa. El rector sacudió la cabeza despacio. Alzó el teléfono y le pidió a su secretaria que arreglara el viaje.

—¿Nena?

Becky se había quedado callada, pero se oía un ruido molesto del otro lado. Como canicas rodando sobre una mesa de vidrio, pensó Orestes.

—Ok —dijo por fin y el ruido paró. Orestes tragó en seco:

—¿Puedo ir?

—Yo no voy a estar, pero te puedo dejar la llave debajo del tapete de entrada. Acá tienes microondas, algunas cosas congeladas...

—¿A dónde te vas a ir? Rebeca, no digas tonterías.

—...hay un teatro en el barrio que pasa algunas obras interesantes, te dejo mi carné en la mesita de noche.

—Becky.

—Tengo que colgar.

Colgó.

*

Hacía un año Rosa, la hija menor de Orestes, había sufrido una crisis nerviosa: era esquizofrénica. Rosa había estudiado para ser profesora, como su papá, pero justo antes de su primera entrevista en un colegio secundario entró en crisis. Orestes la internó en un hospital. Duró dos meses: una noche se escapó de su cuarto, subió a la azotea y se tiró. Su mujer había quedado muy afectada y desde entonces no le hablaba. Vivían en la misma casa —una

enfermera la asistía en todo—, pero rara vez se veían.

Becky vivía en Roma hacía unos seis años. Se dedicaba a algo relacionado con la bolsa que Orestes no entendía. En todo ese tiempo, Becky los había visitado un par de veces: la primera, cuando su madre se rompió la cadera; la segunda, cuando Rosa se mató. Se quedó una semana con ellos y Orestes la notó muy cambiada: fea, descuidada. Tenía la cara siempre brillante, el pelo enrollado en un moño en la nuca. Se había convertido en una de esas mujeres diligentes y pragmáticas. En ese momento no le pareció grave, porque había sido funcional a las circunstancias: Becky se deshizo rápidamente de la ropa de su hermana, desmontó el cuarto, sacó sus fotos de la sala; al cabo de una semana era como si Rosa nunca hubiese existido. No quedó más rastro que su tesis de grado, que Orestes guardaba en la biblioteca y que se negó a entregar a pesar de que Becky insistió: «No hay que darle de comer a los fantasmas».

Rosa era especialista en Piaget y su tesis analizaba el egocentrismo del niño. Orestes la había leído muchas veces y le gustaba. Más que eso: le parecía brillante. Él también había escrito una tesis brillante que la universidad publicó en su momento. Después de eso había intentado escribir, pero no le salía. Se encerraba en su cubículo, sacaba su libreta de apuntes y transcribía en la computadora. Tecleaba lento, así se le iban los días. Dos años atrás había conseguido terminar un ensayo corto que presentó al departamento de publicaciones de la universidad, pero no lo quisieron. Cuando le devolvió el manuscrito, el editor responsable le guiñó un ojo y dijo: «¿Gracioso o astuto?». Y le mostró sus dientes amarillos en una sonrisa despreciable. Orestes no entendió el chiste, pero días después tuvo una sospecha: buscó el ensayo dentro de su tesis de grado y lo encontró idéntico. Era parte de un capítulo más largo. ¿Qué quería decir eso? ¿Que se había vuelto loco? No, quería decir que ya había usado todas las ideas con las que venía su cabeza y solo le quedaba un eco permanente. Se deprimió.

—Suele pasar —le dijo un colega que había publicado como veinte libros.

Se sentó a su lado en un banco mustio de la universidad—. No te presiones, lee novelas policiales, ve al cine, siembra tomates en tu balcón —y le dio un par de palmadas en la espalda.

Salvo lo de los tomates, Orestes había hecho todo eso y seguía deprimido.

*

—¿Becky? Contesta, por favor.

Otra vez la grabadora. Orestes colgó el teléfono y se recostó en la cama. El techo de la residencia era bajito. Y a las habitaciones les faltaba espacio y ventilación. Cada vez que se trasladaba en ese cuarto sentía que daba saltitos de pájaro.

Esa tarde sería la primera sesión de conclusiones del seminario, pero Orestes no iría. Una colega de la facultad lo había contactado con una amiga suya que vivía en un pueblo cercano: «Se van a llevar muy bien», insistió. Y esa tarde se vería con ella en una fonda de ruta. Tomaría el tren. No tenía muchas ganas de ir, pero tampoco tenía ganas de quedarse.

*

—¿Pero por qué te odian?

La mujer se llamaba Yara y trabajaba en un organismo de Naciones Unidas. Un gran afro se elevaba sobre su cabeza.

Orestes alzó los hombros. No tenía ganas de explicar.

Yara había pedido una pasta con un guiso supercondimentado que olía fuerte. Orestes no había pedido nada, solo vino. Antes le había dicho que a veces fantaseaba con no regresar a su casa.

—A lo mejor solo necesitas un *time off*... —Yara era venezolana, pero usaba muchos anglicismos porque había estudiado en Estados Unidos—. A lo mejor eres tú quien las odia y ellas lo perciben.

Orestes sacudió la cabeza. Después le dijo que Becky le producía una sensación parecida al dolor por una muerte lejana. No cercana: esa ya sabía bien cómo se sentía. La otra, la lejana, era más como un cansancio excesivo que lo inmovilizaba. Yara escuchaba todo como si de verdad le importara: llevaban tres horas ahí; solo podía estar borracha o aburrida.

—¿Y qué harías si no vuelves? —le preguntó.

—¿Cómo así?

—Sí, a dónde irías, cuál es tu *wonder land*.

En realidad, ahora que lo pensaba, Orestes nunca había imaginado que no volvía. Había imaginado que volvía, pero a una vida que no era la suya. Era parecida, pero no era la misma. Vivía en la misma casa, pero no tenía mujer, ni una hija muerta ni otra viva. Tenía un pez de colores en la sala y muchos libros en la biblioteca: libros muy respetables, escritos por él, que ya no se llamaría Orestes —nadie que se llamara Orestes podía escribir libros respetables.

Miró el cielo por la ventana: estaba tapado de nubes. Hacía días que amenazaba con llover, pero no llovía. Detrás de la ruta había una colina y la ruina de un castillo. Yara bostezó, dijo algo sobre un proyecto en el que estaba trabajando y mencionó la expresión «inclusión digital». Orestes asintió. Le pareció que el pelo se le había aplacado un poco, hacía un rato lo llevaba más revuelto.

—Ya no se sabe cuáles son las prioridades; el mundo creció demasiado y las metas del milenio son un chiste —decía Yara.

Orestes solía pensar que la razón por la cual su cabeza se había vaciado de ideas tenía que ver con su familia. Ahora que veía a Yara volvía a pensar lo mismo: la gente que no tiene familia puede dedicarse más a las ideas, menos a las personas. La cercanía afectiva frente a ciertas personas, frente a los hijos, por ejemplo —saber lo que les pasa de bueno, de malo, de insulso, de denso—, ocupa mucho lugar en la cabeza. Y las ideas importantes terminan

siendo desplazadas.

—...las organizaciones son tan ineficientes como los gobiernos.

La mata de pelo seguía desinflándose. Yara debía ser una de esas mujeres que, por dárseles de feminista, hacía alarde de su despreocupación por la estética: ella no se denigraría pasándose un cepillo por la cabeza; jamás aplacaría sus greñas enmarañadas para hacerlas más dóciles, más agradables a la vista masculina. O, quizá, Yara hacía todo lo contrario: cada mañana se enredaba el pelo empeñosamente con uno de esos peines para piojos para que nadie la acusara de haberse peinado. Orestes se preguntó si Becky sería feminista.

—¿No crees, Orestes? —Yara se metió en la boca una cucharada del guiso y masticó: los ojos muy abiertos, mirándolo. Él asintió.

*

De la fonda se fueron a un viejo bar de música melódica: la cara de Lucio Battisti poblaba las paredes. Yara estaba apoyada de codos en la mesa, levemente inclinada hacia adelante y el escote revelaba un par de tetas que colgaban pesadas. No tenía brasier.

—Las perdí a ambas —dijo Orestes ensimismado.

—¿Qué dices? —dijo Yara.

—Ni siquiera existe una palabra para describir mi condición —siguió—: los hijos sin padres son huérfanos, los padres sin hijos ¿qué son?, ¿malos padres?

Yara meneó la cabeza, como dudando. Ya no parecía tan interesada. Orestes tomó vino y calló.

—¿Y qué tal el seminario? —dijo Yara.

—Terrible.

—¿Por qué?

Tomó más vino y le ardió el pecho:

—Malísimo, muy mediocre todo.

—Oí que hubo una ponencia interesante.

—¿Ah sí?

—Una colega asistió.

Orestes tomó vino, lo saboreó.

Yara hablaba sobre no sé qué corriente de pensamiento que planteaba usar el concepto publicitario de la «bisociación» para tratar los problemas educativos más urgentes. Orestes negó con la cabeza:

—Esos conceptos son pura distracción. Las ideas están ahí, han estado siempre y hay que usarlas.

Orestes no había estado en esa ponencia, así que no tenía mucho más que decir.

Orestes no había estado en ninguna ponencia.

—No, querido, yo creo que las ideas que están se gastaron hace rato.

Era probable que no le dieran el certificado. Hacía unos días había discutido con una de las organizadoras, una veinteañera de ademanes bruscos: «Se requiere un mínimo de asistencia para entregar los certificados, señor». Y él: «Pero yo estoy más calificado que los propios ponentes». La chica alzó una ceja, displicente: «Veré qué puedo hacer».

Yara se sirvió más vino.

Orestes sintió una ola de calor intensa y pensó que quería quitarse la ropa.

Tenía un cuerpo repugnante: un muestrario de pellejos flojos. Hacía mucho que no veía su cuerpo desnudo en un espejo, porque ahora dormía en el antiguo cuarto de Rosa y allí no había espejo. Había, pero Becky lo sacó.

—...*new approaches for old issues* —decía Yara.

En el baño de Rosa tampoco había espejo. Había una ventana por la que se veía el tejado, un pedazo de cielo, hongos y lagartijas. También se veían las ramas de los árboles. Antes de meterse a la ducha, Orestes miraba su reflejo

en la ventana por encima del verde de las ramas. Le gustaba mirarse desde todos los ángulos. No era tan claramente su reflejo, pero casi: el pelo blanco formando una aureola en la cabeza, la cara desdibujada, el pecho hundido, el vientre y el culo fofos, y la verga colgándole blanda sobre las bolas. Orestes casi no tenía bolas: se le habían consumido, aplastado. Cuando volvía al cuarto después de ducharse las sentía escurrirse por debajo de la bata y pensaba: son bolsas vacías, las mejillas caídas de una mujer anciana.

—Háblale de cualquier cosa, Orestes, invéntate una historia que los involucre a ambos.

Orestes miró a Yara, desconcertado.

—¿A quién?

Yara sacudió la cabeza con cierto fastidio, apoyó las manos en la mesa y se levantó. El escote se le bajó más: Orestes alcanzó a ver el comienzo de un pezón de aureola gigantesca.

—¡A Becky! —contestó.

*

A la mañana siguiente Orestes no se bañó.

Hacía un tiempo que Orestes no se bañaba.

Se bañaba solamente cuando su olor se hacía muy fuerte y la gente en la universidad empezaba a mirarlo mal. Él rara vez sentía su propio olor. Lo que sí notaba era un cambio en la textura de la piel: una capa brillante que temía se le convirtiera en una costra de suciedad imposible de sacarse. Entonces se empecinaba, se pasaba un estropajo y la piel se le enrojecía.

La noche anterior había regresado pasada la medianoche. Le dolía el estómago. Vomitó bilis porque no había comido nada. Prendió el televisor y miró un documental sobre una tribu en Indonesia en la que las mujeres se comían la placenta después de parir. Cuando acabó era casi de día y no le

llegaba el sueño.

Ahora salía al *hall*, donde había una computadora con Internet. Hacía días que no tenía noticias de su casa; había intentado llamar, pero nadie contestaba. Una sola vez había hablado con la enfermera que, a todo lo que él le preguntó, le contestó desdeñosa. Tenía dos mensajes nuevos en el correo. Uno de un alumno que le reclamaba por una nota y otro del decano de la facultad preguntándole que qué tal el seminario, y que ya tenían el marco para su «honorable certificado». Después le pedía que le llevara unos tabacos que vendían en el *duty free* del aeropuerto de Roma. Las especificaciones eran muchas y estaban numeradas: 1. Presiona suavemente entre el dedo gordo y el dedo índice para examinar su estado: debe estar firme, pero no duro. 2. El color debe ser uniforme en todo el puro y en la hoja tener cierto brillo...

Le volvió el calor. Tuvo una imagen brumosa de la cara de su hija aplastada contra el piso. Pero no la de Rosa, la de Becky.

Regresó a la habitación y marcó su número.

—¿Becky?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Saliendo, me devolví de la puerta para contestar. Ahora no...

—Es que pensé que a lo mejor querrías que te enviara mi itinerario.

—No, ¿para qué? No puedo pasar por ti, ya te dije, no voy a estar.

—Mi amor, quiero contarte una historia de cuando eras muy chiquita.

—Papá, por favor.

—Quizá tú no te acuerdas, y si le preguntas a tu madre va a negarlo, con tal de castigarme...

Becky suspiró.

—Pobre tu madre, pero no siempre fue así: lo que le pasó fue que, cuando las tuvo a ustedes dos, expulsó todo lo bueno que había en ella y se quedó

con ese resto de placenta asquerosa que algunas hembras se comen después de parir.

—Ya. Bueno, de verdad tengo que irme.

—Espera, por favor.

—Pero es que...

—Dos minutos, nena.

—Tengo gente esperando afuera.

—Te quiero contar sobre una conversación que tuvimos cuando eras muy chiquita.

—¿Estás borracho?

—No tendrías ni tres años cuando te conté quién era Manuel Sotomayor, tu bisabuelo, y tú me miraste como si supieras. Estábamos solos en tu cuarto. Habías estado llorando, dando alaridos y jalándote los pelos. Y yo, que no entendía qué te pasaba y que no me sabía ninguna de las canciones que te cantaba tu mamá, te alcé y te hablé de mi abuelo, o sea, tu bisabuelo. Te hablé largo porque no sabía qué más hacer, y tú hiciste esos sonidos raros que hacen los bebés cuando parecen complacidos. Lo que más recuerdo son tus ojos, que se fijaron en mi boca sin pestañear. Tenías unos ojos enormes que te ocupaban toda la cara.

Becky no decía nada, ni se oía su respiración. Orestes llegó a pensar que le había colgado, pero no le importó:

—...ese día me hiciste creer que no existía nada en el mundo que te interesara más que esa historia mal contada. Y yo pensé: tengo el poder de llenar su cabecita vacía de ideas que alguna vez ella va a transformar en otra cosa, en algo mejor que esto que le estoy contando, en algo mejor que la historia original y en algo mejor que yo.

Ahí dejó de hablar. Se le escapó un llanto hondo y, pensó, extremadamente tosco. Como el pavimento que se taladra. Esa historia era cierta. No le había pasado con Becky, sino con Rosa, pero quién podría desmentirlo.

—¿Becky? —todavía lloraba.

—¿Qué? —contestó.

Y siguieron mudos por un rato en el que Orestes fue recuperando el aliento de a poco.

Después ella volvió a hablar:

—Reenvíame tu itinerario.

Y colgó.

SOPA DE PESCADO

Una mañana muy temprano, cuando el señor Aldo Villafora todavía dormía, lo perturbó un olor muy fuerte a pescado hervido. No llegaba a ser olor a sopa; le faltaban condimentos y yerbas y, claro, le faltaba el anís que Helena le ponía a todo. O sí, llegaba a ser olor a sopa, pero una sopa claruchenta y desabrida. Pensó que estaba soñando.

Después de dar varias vueltas en la cama y de aplastarse la cabeza con la almohada, Villafora por fin se levantó. Se sentó, respiró hondo un par de veces y ese olor inmundado se le metió por la nariz, le bajó por el esófago y se le instaló en el estómago. Era como cuando aparecían pescados muertos en la playa y pasaban semanas sin que nadie los recogiera. Y allí se podrían, y el aire se impregnaba de ese olor a carne ennegrecida, muerta.

En la mesa de noche, el reloj de arena tenía casi toda la arena en la parte de arriba y apenas una capa muy fina en la de abajo. Era el comienzo de otra hora: Villafora no recordaba cuándo había terminado la anterior, cuándo le había dado vuelta el reloj de arena. Pero no le extrañó. Últimamente ni se daba cuenta de cuándo la noche se hacía día.

Se paró de la cama y se amarró la sábana a la cintura. El espejo de pared le devolvió la imagen de un tipo gastado por el trastocho: flaco pero flácido, la piel transparente como el papel mantequilla y esas venas azules que le recorrían el cuerpo como el mapa hidrográfico de un país con muchos ríos. Villafora era el dueño de un bar viejo que también era su casa. Se llamaba «Helena», como su esposa, que había muerto por culpa de una enfermedad larga y dolorosa, que le fue tomando cada hueso del cuerpo hasta dejarla tiesa, delirando en una cama. El bar quedaba en la planta baja: era un lugar

despojado, un bebedero fabril con mesas y sillas de madera, y una gran barra con banquetas altas. Había un ventanal que miraba a un callejón —por la mañana se parqueaban carretas con verduras y por la noche algunas putas que, cuando no conseguían clientes, iban a parar al bar—. La casa quedaba arriba: era una pequeña sala con ventana, seguida de un cuarto con su baño. Por la ventana de la sala se veía el puerto, que no funcionaba mucho como puerto; era más bien un depósito de canoas y lanchas pesqueras de poca monta. La ciudad era un balneario turístico, un lugar de paso para mochileros y parejitas precoces fugitivas.

La muerte de Helena había modificado las costumbres del bar: por ejemplo, últimamente solo se servía sardinas fritas. Cuando Helena vivía, en cambio, conseguía que en el mercado le guardaran las cabezas de pescado y cada tarde hacía sopa. La sopa funcionaba bien a la madrugada, cuando los borrachos volvían a tener hambre y solo había que recalentarla. Pero no bien murió Helena, Villafora decidió que la comida sería lo menos importante en ese lugar: si él mismo comía poco y soso, a cuenta de qué iba a trabajar para llenarle la tripa a otro.

Total, que esa mañana olorosa a pescado el señor Aldo Villafora se levantó de la cama, se amarró la sábana a la cintura, comprobó que era el mismo de siempre en el espejo de pared y se dispuso a bajar las escaleras. Iba indignado ante la sospecha de que Wally, el cantinero, o Grace, la mujer de la limpieza, estuvieran haciendo sopa de pescado. Porque eso quería decir que estaban desatendiendo su instrucción, pasándole por encima. Y ese pescado que nada en la olla, ¿por dónde entró?, imaginaba Villafora que los retaría, y que ellos, caraduras como eran, alzarían los hombros: Hum. ¿Acaso vino saltando desde el puerto y se zambulló en el agua hirviendo? ¿Es un pescado mártir? Pero cuando Villafora llegó a la cocina, ni Wally ni Grace estaban haciendo sopa. Entonces recordó que ni siquiera estaban en la casa; se habían ido a una cantina del puerto a mirar la final del Superbowl, donde jugaba un talento

local apodado el Chichi Pimiento.

—¿Quién está ahí? —dijo Villafora, con voz firme. Nadie contestó. Caminó erguido alrededor de la cocina, sacando los huesos del pecho y echando los hombros hacia atrás—. ¿Que quién está a...?

Y no terminó porque oyó el maullido débil de Penélope, la gata que Wally le había regalado a Helena. La trajo un día de la calle, zarrapastrosa: «Le traje un regalo, doña Helena». Y a Villafora le pareció un atrevimiento: «Nadie le da regalos a mi mujer, solo yo». Pero apenas Helena vio a la gata se encariñó. Penélope volvió a maullar; entonces Villafora descubrió dónde estaba. Corrió al horno, lo abrió y sacó a la gata, desgonzada, sucia de grasa vieja. El horno estaba apagado, pero era uno de esos aparatos industriales que al cerrarlos quedaban como sellados al vacío. Sirvió leche en un platito y se llevó a Penélope al salón del bar. La puso en el piso y él se sentó detrás del mostrador, se apoyó de codos en la barra y miró el salón vacío: las sillas levantadas sobre las mesas, el piso sucio, las paredes mohosas con fotos de lugares a los que nunca iría —París, Nueva York, Tokio, Londres, Granada—. Los cuadros los había puesto Helena, que era fanática del *Travel and Living*.

Villafora bostezó. Recordó el olor a pescado que lo había levantado y descubrió que había desaparecido. Se volteó a mirar la caja con las cenizas de Helena, que estaba en el último piso de la estantería de licores, como acusándola de haberlo levantado con ese olor de porquería. Pero enseguida espantó esa idea de su cabeza, porque el señor Aldo Villafora no era alguien místico ni fantasioso, ni siquiera cristiano. Para él las cenizas de Helena eran solo eso: cenizas. Y aunque a veces las miraba con nostalgia, tenía claro que alguna vez tendría que hacer algo con ellas, pero todavía no sabía qué. Lanzarlas al mar se le hacía demasiado cursi, echarlas por el inodoro no le producía ningún alivio.

*

Villafora abrió los ojos. Se había quedado dormido. La gata ya no estaba. En el salón del bar, en cambio, había un hombre y una mujer arrinconados contra una pared, chupeteándose como perros. Villafora detestaba esos espectáculos en el bar, sobre todo siendo tan temprano. Comprobó que el portón de entrada estaba cerrado. Debían haber entrado por la ventana. Quizá eran asaltantes.

Agarró un cuchillo de abajo del mostrador y se encaminó lentamente hacia ellos. En un movimiento muy rápido, el hombre echó a la mujer sobre una mesa y le alzó la falda; se bajó los pantalones y se sacó un miembro gigantesco, la cosa más impresionante que Villafora había visto en su vida.

—¡Oiga! —dijo, y el tipo se volvió a mirarlo.

Era el marinero Téllez: penetraba salvajemente a la mujer y ella largaba alaridos roncós. Villafora se mandó contra Téllez, lo empujó con fuerza y Téllez se movió apenas, pero eso alcanzó para que pudiera ver la cara de la mujer:

—¿Helena?

Helena lo ignoró, estaba perdida en una expresión de placer que Villafora desconocía. Estaba despaturrada, enganchada por el miembro monstruoso de Téllez. Villafora corrió hasta el otro extremo de la mesa, agarró un puñado de pelo de Helena, le tiró la cabeza hacia atrás y le rajó el cuello.

—Putá.

*

—¿Señor Villafora? —era Grace.

Villafora abrió los ojos y vio a la muchacha mirando hacia un lado, de una manera que hacía pensar que tenía tortícolis. Entonces vio que estaba desnudo: la sábana se había caído al piso.

—Disculpa, Grace. —Levantó la sábana y volvió a amarrársela en la cintura—. Me quedé dormido acá porque alguien dejó a la gata en el horno, y por ese olor a pescado que...

Grace lo miraba como se mira a un loco.

—¿Qué te pasa? —dijo Villafora y la muchacha se alejó sin decir nada, metiéndose en la cocina. Villafora pensó que era una maleducada; pero al cabo de unos segundos, cuando él se disponía a volver a la cama, Grace salió de la cocina, ahora con Wally, y los dos se lo quedaron mirando. La cara de Wally estaba desencajada, tenía los ojos rojos y Villafora pensó que era porque se había pasado la noche bebiendo como un desquiciado por culpa del tal Chichi Pimiento.

—La señora está muerta —le dijo Wally.

Grace se echó a llorar y Villafora los miró sin entender nada.

—¿Ah? —dijo—. ¿Qué les pasa? ¿Se embobaron? —Con una mano se agarró el nudo de la sábana y con la otra los señaló, amenazante—. Alguno de los dos hizo algo muy malo: no se hace eso con un animal.

Grace lloró más fuerte. Wally abrazó a Penélope, que ahora estaba en sus brazos, flácida. ¿Cómo había llegado la gata hasta allí? Villafora se sintió cansado, apretó los ojos y los volvió a abrir.

—¿Qué le pasó a Penélope? —preguntó, confundido.

—¡Usted la mató! —dijo Wally, los ojos llenos de furia.

—¿Yo? —Villafora no podía del cansancio; las rodillas le temblaban, las piernas casi no lo sostenían—. Que tome leche, eso la va a poner mejor. —Se dio vuelta y empezó a subir las escaleras—. Después, sáquenla de acá, échena a la calle y... —La voz se le volvió suspiro.

*

La cama estaba húmeda. Villafora no encontraba la posición para dormirse

del todo. Cada vez que respiraba le sonaba un pito y el pecho le dolía. El reloj de arena en la mesa de luz seguía teniendo casi toda la arena en la parte de arriba y, en la de abajo, una capa apenas más gruesa que la de esa mañana. Otra vez olía a pescado. Y se oían murmullos.

En ese rato soporífero el señor Aldo Villafora soñó que iba en un barco rumbo a Europa, vestido con un chaleco de botones dorados. Lo acompañaban Helena y Penélope, a la que le habían puesto un lazo en el cuello y parecía una de esas gatas de porcelana que vendían en las ferias. El sol estaba brillante, pero benigno, por eso podían estar en la proa mirando el mar: él, sentado en un sillón confortable, y Helena, de pie, con la mirada perdida en el horizonte. Ella llevaba un sombrero de cinta bordó y un vestido ceñido hasta la cintura que luego se elevaba en una gran pollera. Ahora que lo pensaba, los dos estaban vestidos de una manera rara, antigua. Penélope se había echado en otro sillón y lo miraba a él, que cada tanto le hacía muecas y mimos a la distancia. Le caía bien esa gata, aunque no le gustaba reconocerlo. Para el señor Aldo Villafora el amor por los animales era propio de las personas sin carácter.

De algún lado llegó una música de piano y Villafora cerró los ojos, respiró hondo el olor del salitre y se sintió contento, relajado. Villafora y su mujer nunca habían tenido vacaciones.

—Helena, esa que suena no es la canción que dice algo de una barca que lleva una cruz de... ¿de qué? —preguntó.

Ella se volvió lentamente hacia a él con una expresión vacía.

—No sé, mi amor.

—¿Te pasa algo?

—No.

Pero era obvio que sí. Helena volvió su mirada al mar y Villafora miró en el mismo sentido. Había una barca y un marinero que remaba. El marinero también miraba a Helena, le decía cosas que Villafora no alcanzaba a

entender.

—¿Quién es ese, Helena? —preguntó.

—¿Quién?

Ella seguía mirando al tipo, sonriéndole con la cara ladeada. Entonces Villafora vio que era el marinero Rodríguez, que se acercaba al barco con su porte cavernícola, cada vez más rápido.

—Ven, Helena, siéntate acá conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

Helena alzó los hombros. Villafora buscó a Penélope en el otro sillón, pero ya no estaba. Ahora había una palangana con un montón de pescados agonizantes que daban saltitos desesperados y olían muy fuerte.

—Estoy harto, enfermo de tanto pescado... —Villafora se tapó la nariz.

Helena caminó rápidamente hacia él y se sentó a su lado. Llevaba un vestido que le apretaba el torso y le abultaba las tetas al medio, como los de las putas del callejón.

—Tienes que tomarte la sopa, mi amor —le decía Helena, con un plato y una cuchara en la mano: revolvía y soplabla el agua claruchenta que despedía el mismo vaho repugnante que le había perturbado el sueño esa mañana.

Villafora negó con la cabeza.

—No quiero sopa, no.

—Es buena para el cerebro, es buena para las articulaciones, el médico dijo...

—¿Qué médico?

—El médico gordo, mi amor.

Él miró a su alrededor y confirmó que estaban solos en medio del mar, pero cuando quiso decírselo a Helena, ella había desaparecido.

Cuando el señor Aldo Villafora volvió a abrir los ojos era casi de noche. La puerta de la habitación estaba abierta y se veía de frente la ventana de la sala que miraba al puerto. En el cielo había pocas estrellas y una luna delgadísima. En la mesa de luz el reloj de arena no terminaba de vaciarse.

—Qué aparato de porquería —dijo Villafora y sintió la boca seca.

¿Cómo era posible que un reloj de arena se dañara? Se sentó en la cama con dificultad. Cada vez le costaba más levantarse, cada vez estaba más flaco y débil. Desde allí se miró en el espejo de pared y le pareció que tenía un aspecto cadavérico. Estiró el brazo para agarrar el reloj, pero lo que se trajo en la mano fue un revólver. Lo miró y lo metió debajo de la almohada, donde solía mantenerlo por seguridad.

Seguía cansado y pronto tendría que levantarse para bajar al bar. Ya Wally debía haber abierto y Grace no se manejaba bien en la caja. Se distraía con los clientes que le daban conversación para aturdira y pagarle menos. A esa hora todavía no era tan grave, pero cuando empezaran a llegar los marineros del puerto, a eso de las ocho, todo se complicaría. Venían hambrientos, ya medio borrachos, y en el bar terminaban de perderse. Se llenaban las manos de sardinas y se las embutían por la boca como animales. A veces se las restregaban en la cara a algún compañero distraído; después se limpiaban las manos en la ropa y la hediondez se hacía insoportable. No había una sola noche en que la pobre Grace no tuviese que limpiar un vómito. Cuando había putas, los marineros les ponían la comida en las tetas y comían de allí: el griterío de las mujeres turbaba más a Grace, que muchas veces terminaba llorando y abandonando la caja a la buena de Dios. Villafora sabía todo esto porque una vez se había enfermado un par de semanas y le pidió a Grace que lo reemplazara en la caja. Pero, al tercer día, la zozobra de la muchacha era tal que Helena abandonó su lugar en la cocina para cubrirla. Su mujer había soportado estoica todas esas noches; cuando se metía en la cama a la madrugada estaba hinchada de cansancio, y Villafora se deshacía en

disculpas y sollozos. Pero ella le decía que no se preocupara, que ya iban a juntar plata para cerrar ese bar, para irse de viaje, y entonces todo sería un mal recuerdo.

—Un mal recuerdo, mi amor.

Le parecía estarla oyendo.

Villafora trató de levantarse pero algo se lo impidió. Un peso sobre sus hombros, un dolor terrible en las sienes. Apretó los ojos con fuerza y escuchó gritos abajo. Debía haberse armado una pelea. Tomó impulso, se levantó, salió del cuarto y se asomó desde el balcón interno al salón del bar. Los clientes le hacían la ronda a un par de marineros que se mataban a golpes y una mujer intentaba separarlos.

—¿Grace? —llamó Villafora.

Pero había tanto ruido y él tenía la voz tan débil que nadie lo oyó. Empezó a bajar lentamente las escaleras. Cada paso que daba le dolía en todo el cuerpo. En algún momento, mientras bajaba, la pelea dejó de parecerle una pelea: Téllez y Rodríguez soltaban carcajadas y la mujer se alternaba entre sus brazos. Cuando Villafora llegó al último escalón, vio a Rodríguez abrirse el cierre y sentarse en una silla. La mujer se alzó la falda, se le sentó encima, de frente, y se dejó caer de espaldas sobre los brazos de Téllez, que la sostuvo mientras ella se retorció: era Helena. Tenía la blusa a medio poner, el brasier al aire y los labios pintados, y se reía, gozaba y se reía. Villafora se paró al lado de ellos y allí se quedó unos segundos en los que le pareció estar flotando sobre el piso, mirando todo como si fuera una película, o un recuerdo. Apoyó la boca del revólver en la frente de Helena y disparó.

*

El estruendo lo sobresaltó: Villafora se llevó la mano al pecho, se incorporó y descubrió en la ventana de la sala una explosión de fuegos

artificiales; al fondo se oían gritos y abajo subieron la música a un volumen tan alto que le hizo palpar la cabeza. Volvió a recostarse. En realidad, sintió como si alguien lo empujara suavemente por los hombros.

—Grace, pide que bajen el volumen, por favor, un poco de respeto...

Villafora escuchó la voz de su mujer, lejana, como desde un precipicio. Entreabrió los ojos y vio a Grace, llorosa, en el umbral de la puerta de la habitación: se dio vuelta y salió. En la sala, de espaldas a Villafora, un hombre gordo miraba por la ventana los fuegos artificiales.

—¿Quién es...? —intentó decir Villafora.

—Shh, no te esfuerces —dijo Helena, que estaba a su lado, sentada en un banquito. El hombre gordo se dio vuelta y caminó hacia el cuarto.

—Ganó el equipo del Chichi Pimiento, por Dios, si esto sigue así van a declarar toque de queda.

Helena le acomodó la almohada a Villafora, le subió la sábana hasta el pecho.

—¿Cómo va? —dijo el hombre gordo. Helena negó con la cabeza:

—Dice cosas raras, se queja de un olor, pero yo no siento nada.

Helena ordenaba cosas en la mesita de noche: un plato de sopa claruchenta, un frasco de pastillas, jeringas. El hombre gordo posó la mano en su hombro y le dijo:

—Tranquila, esta fase es com...

—¿Se dará cuenta? —lo interrumpió ella, la voz muy ronca. El hombre gordo suspiró.

Grace volvía a entrar en la habitación. Wally venía con ella, la cara encendida, los ojos inyectados de sangre:

—¿Ya? —dijo, mirando a los lados, agitado.

—¿Qué le pasó a Penélope? —dijo Villafora.

—Shh —volvió a decir Helena, enjugándole la frente con un pañuelo.

—¿A quién? —dijo Wally.

Helena alzó los hombros:

—Una gatita que tuvimos hace años y que...

Un cohete apagó su frase siguiente. Helena volvió a mirar la mesa de noche y le dio vuelta al reloj de arena. Ahora sí se había vaciado. Suspiró, tomó la mano de Villafora.

—¿Y ahora? —balbuceó Grace, mirando al hombre gordo, que estaba apoyado en la pared con una serenidad que a Villafora le pareció insultante.

El hombre gordo respiró hondo y contestó:

—Ahora hay que esperar.

LO QUE NUNCA FUIMOS

Cuando Salvador le pidió a Eilín que fueran novios, ella le dijo que no. Que novios no, que nada de relaciones, que a ella le interesaba poner en cuestión algunos paradigmas. Y como Salvador todo lo que quería era tirársela, decidió no contradecirla.

Eilín era flaca y chiquita, tenía el pelo rojo y, según ella, ascendencia irlandesa. Salvador era demasiado alto y eso no le gustaba; por eso se jorobaba un poco cuando caminaba. La noche que empezaron a salir, Eilín llevó a Salvador a su apartamento para que vieran una película inspiradora. Ya era de madrugada. Él pensó que pondría una porno, pero puso *El tercer hombre*. Cada tanto el papá de Eilín se asomaba al cuarto donde veían televisión. Tenía pijamas largos y una taza en la mano: «Gran película», decía.

El sexo ocurría en el apartamento que Salvador compartía con su amigo Matías.

Lo primero que le pidió Eilín fue que leyera en voz alta mientras ella se la chupaba.

—No me voy a poder concentrar en las dos cosas —le dijo él, y Eilín contestó que él solo tenía que concentrarse en la lectura, de lo otro se encargaba ella. Y eso hicieron: él leía en voz alta y ella hacía lo suyo. Salvador leía poesías o fragmentos de novelas que Eilín elegía; o leía ensayos larguísimos que Eilín había escrito para la facultad y que, al principio, le daban dolor de cabeza. Al principio no se le paraba, era frustrante. Pero Eilín persistió tanto que él terminó acostumbrándose y llegó a disfrutarlo mucho.

A los tres meses de relación, Eilín empezó a llevarse plata de la mesita de

noche. La suma variaba cada vez, y el mecanismo mediante el cual el dinero pasaba de la mesita a su cartera era tan natural como si abriera la nevera y tomara agua. Salvador no le decía nada; no sabía qué decirle. No le parecía justo, a él no le sobraba la plata. Un día, mientras paseaban por una plaza —y ella le hablaba de una isla en el Pacífico que se estaba hundiendo, y se mostraba preocupada porque ahora iban a tener que reubicar a todos sus habitantes en distintas ciudades del mundo donde seguramente serían rechazados—, Salvador le preguntó:

—¿Me estás cobrando por el sexo?

Y Eilín se mató de risa. Le agarró la mano y lo llevó a un banco donde se sentaron:

—Si tú y yo fuéramos otra cosa que no somos, el hecho de que yo tomara la plata de tu mesita de noche podría significar que estamos celebrando una transacción comercial. Pero para nosotros no funciona así, ¿cierto que no?

Salvador negó con la cabeza, aunque no estaba seguro de entender.

—Para nosotros las reglas son otras, Salvador.

—Sí.

—La plata está allí, en la mesita de noche, como la comida en la despensa y los libros en la biblioteca, y a mí me complace saber que, al menos en nuestro reducido espacio personal, las relaciones se rigen por los principios de la decencia común que tú y yo compartimos.

—Ajá.

—Además, no es que yo me lleve todo lo que hay en la mesita de noche. Yo tomo estrictamente lo que necesito, igual que tú tomas lo que necesitas de mí.

Sonrió, se levantó del banco y siguió con lo de la isla.

*

—¿Por qué no le das un final cualquiera y ya? —le dijo Salvador.

Eilín estaba escribiendo el guion de una obra de teatro que no conseguía terminar. Llevaba meses pensando el final. Estaba irascible, nerviosa, fumaba sin parar. Tenían poco sexo.

—¿Mi amor? —insistió Salvador.

Eilín se había hundido en un silencio raro que le descolocaba la cara.

—Déjame, estoy pensando.

Estaba desnuda, echada en la cama boca arriba: Eilín tenía tetas tan chiquitas que cuando se acostaba desaparecían. Salvador estaba apoyado contra el espaldar. Las sábanas se sentían húmedas de sudor, el aire caliente parecía encapsulado allí dentro.

—Pero es que si escribes más, nadie la va a leer, nadie lee cosas tan largas.

—Yo leo cosas mucho más largas.

Eilín se levantó de un salto y salió del cuarto. Su cuerpo pequeño tenía la agilidad de un conejo. Ya no tenía el pelo rojo ni ascendencia irlandesa. Se lo había pintado de negro azabache y ahora se parecía a cualquier muchacha de la universidad. Cuando apareció con el pelo negro, Salvador se decepcionó un poco: el pelo rojo había sido lo que más le había gustado de ella; y la boca, que era enorme y se veía un poco desproporcionada dentro de su cara. Y el sexo, claro, Eilín era el mejor sexo de su vida.

Salvador se puso una pantaloneta y fue a buscarla. Debía estar en la sala. Matías se había mudado hacía un mes porque Eilín pasaba mucho tiempo en el apartamento y él no se la soportaba. «¿Ella o yo?», le dijo. Salvador alzó los hombros, miró el piso: ahí supo que estaba enamorado.

La encontró en la mesa de la cocina armando uno de esos cigarrillos que iban soltando hebras por todos lados: se metían en la comida, en el agua, el café.

—Creo que será una obra muda —dijo Eilín.

—¿Muda?

—Sí, nadie dirá nada; quizá ni siquiera haya actores. Será un escenario vacío, un guion en blanco.

Salvador suspiró. Extrañaba a Matías: era sábado, podrían estar tomando cerveza, jugando a las cartas, en silencio. Eilín prendió su cigarrillo y caminó hacia el balcón. Él la siguió pero se quedó en el marco de la puerta. La vista era un playón vacío y, más atrás, un muro gris. Al lado había otro balcón y un tipo en una silla tomándose una cerveza.

—Hola, Eilín —la saludó el tipo.

—Hola, Ricardo.

Eilín seguía desnuda.

En el tiempo que llevaba viviendo ahí, Salvador no se había relacionado con ningún vecino. Se había cruzado en las escaleras con algunos; había tocado el timbre del apartamento de abajo para pedirles que bajaran la música: nunca le abrieron la puerta. Así que no sabía quién era Ricardo, ni nadie. Eilín los distinguía a todos perfectamente.

*

A Eilín le parecía que la eyaculación era algo demasiado íntimo y no debía despilfarrarse, eso le dijo. Y le sugirió que, en adelante, esperara a que ella se fuera y se masturbara.

—Pero me gusta más cuando estás tú, porque...

—Shh —le puso un dedo en los labios—. Tienes que aprender, Salvador.

¿Pero por qué le dijo eso? Salvador no entendía; hacía un rato había llegado cantarina, hablando de los avances de su guion: «Seré la próxima David Mamet». Se quitó el vestido por la cabeza y lo tiró al suelo: no tenía calzón ni brasier. Se amarró el pelo con una hebilla que tenía en la muñeca. Se lanzó veloz a la cama donde Salvador leía unas fotocopias y le dijo que la mirara hacerlo. Se metió entre sus piernas y lo chupó como nunca y él ni

siquiera tuvo que recitar nada.

De ahí la sorpresa de Salvador cuando le dijo lo que le dijo. Y así mismo se levantó de la cama y siguió hablando de su guion. Salvador no se movió: siguió el ruido de sus movimientos por el apartamento. Eran ruidos mínimos. El vestido que caía sobre su cuerpo; un sueco, luego el otro que pisaba el piso; ambos suecos: tac-tac-tac; la puerta de la nevera que se abría; un trago de agua o quizá de coca-cola que le bajaba por el buche; y tac-tactac; los billetes deslizándose de la mesita a la cartera; las manos huesudas planchando el vestido; las llaves.

—Chau, mi amor.

Salvador alzó la mano, debilucho:

—Chau.

*

Eilín se hizo famosa en la universidad y dio una conferencia sobre su obra de teatro. Un estudiante de periodismo le preguntó si su guion era fatalista.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todos mueren.

—Qué simple lo tuyo.

Salvador estaba en el público y se sentía incómodo. Todos hablaban maravillas de la obra de Eilín, cuando en realidad no había habido ninguna obra: era que un grupo de actores entraban al escenario, se desplomaban unos sobre otros y se cerraba el telón. Y se abría y volvían a hacer exactamente lo mismo, y así varias veces. Nadie decía nada nunca.

—...lo que quiero decir —el estudiante de periodismo seguía con su pregunta larga— es que el hecho de que la civilización se repita a sí misma en el curso de la historia, sus aciertos y fracasos en un círculo vicioso, es una manera de condenar a la humanidad a la idea de un destino unívoco, que

conduciría a las personas al mismo resultado trágico, una y otra vez...

Quizá era un estudiante de Filosofía, pensó Salvador y se acomodó en su silla. Estaba incómodo, torcido.

—¿Podrías acotar? —le dijo Eilín, cruzando y descruzando las piernas, mirando al estudiante como si quisiera saltarle encima y lamerle la cara.

—Claro, mi pregunta es si tu guion postula que nadie se salva de su destino, y que ese destino es, y será siempre, el mismo destino trágico.

Hubo un murmullo de aprobación. Salvador tosió, miró el reloj. Había pasado hora y media desde que arrancó la conferencia. Tenía hambre. Eilín contestó:

—Mi guion no postula nada, pero si lo hiciera, quizá postularía algo que ya no hubiese postulado Nietzsche.

Hubo risas en el público, carcajadas. Gente que se ahogaba y había que darle palmadas en la espalda. Salvador no entendía nada: se agarró fuerte de los brazos de su asiento y apretó las mandíbulas. El estudiante hizo una reverencia, alzó los brazos y los dejó caer en un gesto de impotencia. Negó varias veces con la cabeza y se sentó.

Cuando terminó la conferencia fueron a la cafetería, pero todo el mundo rodeaba a Eilín y Salvador tuvo que apartarse. Pidió una gaseosa y dos empanadas y la miró desde una esquina: Eilín se había puesto un vestido que él le había regalado. Era azul, como su nuevo pelo. El vestido le quedaba un poco grande y el pelo le quedaba como un tapete viejo. Salvador se comió las empanadas en dos bocados y pidió otra. Eilín cada tanto lo miraba desde la mesa donde estaba con sus fans y lo saludaba con la mano. Lo iba a dejar, estaba cantado. Terminó la tercera empanada, se sacudió las manos en el *jean* y ya se iba yendo cuando oyó la voz de Eilín.

—Espérame. —Venía corriendo, se le trepó en el cuello de un salto—. Sácame de acá, llévame a tomar algo.

Fueron a un bar. Hacía buen clima y se sentaron afuera, en la terraza. Eilín

estaba risueña y divertida; iba para la cuarta cerveza.

—¿Y qué era la pregunta de esta tarde? —dijo Salvador.

—¿Cuál pregunta?

—Esa del tipo... era un bobo, ¿no?

—¿Te pareció?

Salvador alzó los hombros. Se empinó su cerveza. Le pidió un cigarrillo al mesero.

—Mi respuesta fue boba —dijo Eilín—, su pregunta no.

—Pero a todos les gustó tu respuesta: se rieron, te aplaudieron.

—Nadie entendió. Se rieron porque pensaron que era un chiste: no era ningún chiste, pero lo dije de una manera en que parecía serlo. Y la gente se confunde.

—Ya.

Salvador pensó que para qué mierda se hacía un chiste que no era un chiste. Terminó su cerveza, no pidió otra porque no tenía casi plata y seguro que Eilín ni haría el intento de colaborar. Quería irse a su casa. Quería que Eilín se sacara ese vestido horroroso. Por primera vez sintió ganas de terminar con ella, pero no sabía cómo hacerlo. Era mejor que lo hiciera ella.

—¿Estás molesto?

Salvador alzó los hombros.

—¿Quieres que te explique lo que decía Nietzsche?

—La verdad que no.

—No es nada del otro mundo. Ni siquiera sé por qué lo mencionó ese tipo, se relaciona poco con el guion.

Salvador se masajeó el cuello.

—...y no es una idea de Nietzsche, él la retomó de los estoicos.

—Ya.

—En todo caso, lo que plantea es una repetición del mundo, o sea, que el mundo se extingue y vuelve a reconstruirse para que los mismos actos

ocurran otra vez, sin ninguna posibilidad de variación.

—Es absurdo.

—No, es un ciclo. Simple. Es como decir el día y la noche, la luna y el sol, las estaciones...

Ahora parecía irritada.

—Ya.

Eilín tomó de su cerveza, abrió y cerró los ojos lentamente y le tomó la mano:

—Y Nietzsche dijo que no solo los actos se repiten, sino los sentimientos. —Él sintió un ardor en la boca del estómago, era la cerveza. O el cigarrillo—. O sea, que si el mundo se acabara hoy, mañana tú y yo volveríamos a enamorarnos.

Salvador tenía ganas de eructar, pero se contuvo.

*

Eilín estaba envuelta en un buzo de Salvador que en ella parecía una bolsa de dormir. Tenía frío. Salvador no tenía frío, pero cerró la puerta del balcón para que ella estuviera cómoda. Después se puso a preparar una sopa de cebolla.

—Hace días que no veo a Ricardo —dijo Eilín, que estaba en el sofá de la sala, acostada.

—¿A quién? —Salvador ponía pedacitos de pan tostado dentro de la sopa.

—A Ricardo, el vecino.

—Quizá se murió —dijo Salvador y se rio. Eilín no. Matías se habría reído.

Sirvió dos platos de sopa y los llevó al comedor. Comieron y al final Eilín recostó la cabeza en la mesa, respiró hondo y cerró los ojos. Salvador llevó los platos a la cocina.

—¿Cuánto tiempo pasó? —dijo Eilín. Él se volteó a mirarla:

—¿Tiempo de qué?

—Desde que me dormí.

—¿Cuándo te dormiste?

Salvador volvió a la mesa con una manzana y un cuchillo.

—¿Qué le pasará a las personas cuando pasan mucho tiempo juntas? —dijo Eilín, mirándolo.

Salvador alzó los hombros y curvó los labios:

—Hum.

—Se decepcionan —dijo Eilín—. A medida que se conoce a una persona, la decepción es inevitable.

—¿Será? —Salvador pelaba la manzana porque no le gustaba la cáscara.

—Hay maneras de hacerse el ciego, pero un día vas a tener que enfrentarte con la realidad, y la realidad es siempre decepcionante.

Salvador se metió un pedazo de manzana a la boca y dijo:

—¿Qué día es ese?

—No sé, es distinto para cada quien. Supongo que en tu caso será el día en que te levantes conmigo a tu lado y no entiendas cómo fue que una arveja reseca llegó hasta allí. —Salvador se rio. Eilín no—. ...incluso, si tu propio cuerpo sufriera un proceso acelerado de arruinamiento y terminaras siendo un simio fofo y maloliente, como seguramente te sucederá algún día, el otro cuerpo te parecerá siempre peor, porque la repulsión del cuerpo propio es más tolerable que la del cuerpo ajeno.

Salvador ya no se reía: se había aburrido. Y se le había atascado un pedazo de manzana en la garganta. Tragó y pasó, pero le quedó doliendo. Se dio un par de golpes en el pecho, para que terminara de bajar.

—Yo nunca me decepcionaré de ti —dijo después. Le pareció que con eso zanjaría el tema.

—Claro que sí —dijo Eilín—, y yo de ti.

Se levantó de la mesa, dijo que iba por un cigarrillo. Salvador siguió con su manzana pensando que ahora sí lo iba a dejar. No había vuelta de hoja. Era mejor así. Eilín era rara, Matías tenía razón.

—...las personas insignificantes tardan más en decepcionarse porque tienen la vocación de la espera —Eilín venía fumando, su pelo azul despeinado parecía un algodón de azúcar—. Se pasan una buena parte de su vida mediocre con la esperanza de que en cualquier momento algo maravilloso les va a pasar, algo que les cambiará la vida. Pero al final también se decepcionan.

Estaba exaltada, hablaba en un volumen que Salvador habría querido moderar con un golpe en la cabeza. Él terminó su último pedazo de manzana masticando muy lento, contando cada mordida, concentrado en el sonido que producían sus muelas. Entonces Eilín se le sentó en las piernas y le rodeó el cuello:

—Al final, todos nos decepcionamos. Todos, entre más nos conocemos. — Y lo besó. Y él se sintió aliviado.

*

—No entiendo, Salvador. Teníamos un acuerdo y era bastante conveniente, sobre todo para ti. No creo que sea justo ni correcto ni decente, pero principalmente no creo que sea lógico que me digas que no quieres verme más. Ni siquiera tienes un motivo. ¿No lo tienes, no?

Ya Salvador no contestaba. Había entendido que cuando Eilín hacía esas preguntas nunca eran para él. Estaban en la vereda, frente a la portería del edificio. Hacía frío. Se había tomado varios tragos de ron para poder decirle lo que le había dicho.

—¿A cuento de qué ibas a tener un motivo? —Eilín caminaba de acá para allá y él la miraba desde el pretil—. Si el acuerdo consistía en que nuestra

relación estaba construida sobre la base de que no existía relación, para que ninguno pudiera imponerle al otro las características del vínculo...

¿Qué vínculo?

—Eso estaba claro, ¿no?

—¿Qué?

Si Matías estuviera ahí, podría preguntarle si entendía algo. A lo mejor él, mirando las cosas desde afuera, entendía. Le pareció que habían pasado siglos desde que vio a Matías por última vez.

—Es que, si pudiéramos consultarle este caso a una persona neutral, pero confiable...

—Era lo que yo est... —intentó decir Salvador.

—Alguien como, ¿cómo quién? —Eilín se paró, se puso las manos en la cintura y miró el piso.

—Como Matías.

—Como Mijaíl Bakunin, por ejemplo. —Eilín reanudó su caminata—. El hombre optaría por desestimar el caso por estar plagado de errores elementales. Y es que, Salvador —se volvió a mirarlo—, tu problema es discursivo: siempre te quedas en la primera proposición. Por ejemplo: «Ya no quiero seguir con esto». Pero después no presentas un argumento convincente, y así no se puede hablar, ni discutir, mucho menos terminar con un «esto» que no existe. —Se acercó más, cruzó los brazos frente a él—. No puedes pretender que dejemos de ser lo que nunca fuimos.

Salvador se levantó del pretil, dio un paso adelante y la tomó por los hombros; le sostuvo la mirada brillante, miró su boca entreabierta y respiró hondo:

—Eilín —dijo—, no te entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Nada de lo que dices.

Eilín se zafó:

—¡No entiendes que la destrucción de la no condición vendría siendo la condición! —gritó.

Salvador quería agarrarla para que se calmara, pero ella lo esquivaba. Salvador quería agarrarla de la nuca y estrellar su cara contra la vereda, muchas veces.

—Necesito que me expliques —dijo Eilín, la respiración agitada. Tenía los ojos chorreados de maquillaje. ¿Cuándo había llorado?—. Explícame —insistió.

A Salvador le palpitaba la cabeza. Empuñó las manos y aspiró el aire helado de la noche, que en la nariz se sintió como amoníaco. Se preguntó qué hacían allí afuera con ese clima. Volvió a respirar y sintió una punzada fuerte en el entrecejo.

—Hace frío —dijo.

Y Eilín le mandó un cachetazo que él no tuvo tiempo de esquivar. Pese a su mano diminuta, el golpe fue seco y doloroso, pero el aire helado lo anestesió enseguida. Salvador se dio media vuelta y entró al edificio. Detrás del vidrio de la puerta vio el cuerpo mínimo de Eilín: su graciosa cabecita azul sacudiéndose confusa, como queriendo escapar de la nube espesa que flotaba sobre ella.

LOS ÁLAMOS Y EL CIELO DE FRENTE

Los aeropuertos la ponían nerviosa, pero no por las despedidas. No tenía un solo recuerdo de haberse despedido de alguien antes de tomar un avión. Lo que no le gustaba era la espera, la incomodidad de los asientos, el olor penetrante de los baños. Y las personas que viajaban, sobre todo eso. Tampoco era que hubiese tomado muchos aviones. De chica no viajaba en avión porque sus padres no tenían plata, y ya de grande nunca le encontró la gracia. A lo mejor era uno de esos gustos adquiridos, pensaba, como el de comer quesos podridos.

—Buen viaje —Jerónimo le pasó la maleta envuelta en un plástico fluorescente.

Ema se levantó del asiento donde lo había estado esperando. Sintió una pierna dormida. De los últimos meses le había quedado un sobrepeso importante y problemas de circulación. Jerónimo había insistido en ir a pagar las tasas y en envolver la maleta, aunque ella le dijo que no llevaba nada de valor, ni nada que pudiera romperse. Obviamente era una excusa para no esperar con ella, para alejarse así fuera diez minutos.

En el medio una niña la escupió. Una niña hiperactiva, maquillada ferozmente. La madre estaba leyendo una revista dedicada a Grecia y se interesaba poco en sus maromas: saltaba por encima de los asientos como un chimpancé. Después se sentó al lado de Ema, abrió la boca y se tocó un colmillo flojo: «Mira, se mueve». Ahí se le salió un chorro de baba espesa y caliente que fue a parar en su brazo.

Ahora Ema agarraba la maleta y le decía a Jerónimo, gracias, no te hubieras molestado, y esperaba que él dijera algo más, pero todo lo que hizo

fue mirar el reloj:

—Bueno, va siendo hora.

—Espera, por favor.

Jerónimo la miró con la boca torcida, en esa mueca que le desbalanceaba la papada, como si un lado de la cara le pesara más.

—¿Qué pasó ahora? —dijo, impaciente.

Él también había engordado en los últimos meses y no tenía ninguna excusa.

—No sé, los aeropuertos no me gustan. Nunca me despedí de nadie, no sé cómo es.

Otra vez tenía ganas de llorar.

—Es así. —Jerónimo hizo un movimiento histérico con las manos, como un mimo que saluda—. Adiós.

—Me gustaría llamarte cuando llegue, ¿te parece? Así hablamos bien. Me parece que tenemos que hablar bien, y quizá el teléfono ayude.

Ahora Jerónimo se había puesto las manos en los bolsillos y alzaba los hombros en esa pose en que el cuello le desaparecía. Jerónimo estaba lleno de tics, movimientos innecesarios, ademanes sobreactuados. Jerónimo era horrible. Ella también era horrible, y esa coincidencia debía bastarles para hacerse la reverencia mutuamente.

—Ema —la voz era un gruñido—, no quiero hablar contigo nunca más, ¿se entiende? —Ema alzó los hombros, se tragó una bola de saliva—. Anda, vete. —Le señaló la puerta de embarque internacional.

La madre y la niña estaban de últimas en la fila. Si iba ahora se las cruzaría otra vez.

Jerónimo le había comprado el pasaje la noche anterior. Era el pasaje más caro del mundo: solo había lugar en *Business*. No le importó; gastó dos sueldos y no le importó.

—Cuando vuelvas —dijo Jerónimo— ya no estaré en el apartamento.

Se dio vuelta y caminó rápido hacia la salida, antes de que ella pudiera contestarle.

Ella fue a la fila. La niña le sonrió, Ema la esquivó y se concentró en la revista de la madre: *Descubra Patmos*, decía la portada. Al fondo una playa y, en primer plano, una pareja con trajes griegos. Alguna vez Jerónimo le había dicho que fueran a Grecia. No a Patmos, no se acordaba a dónde, pero seguramente a un lugar más obvio, más de postal. Ema le dijo que no le gustaban los lugares demasiado bellos.

Él no entendió. «Odio la belleza, por eso te amo ti», le dijo, y extendió la mano para acariciarle la cara, pero Jerónimo justo se dio vuelta y ella le metió el dedo en el ojo. «¡Perra!», le gritó. Y a Ema le dio tanta rabia que, sin pensarlo, apretó el puño y se lo mandó a la cara.

*

Un ruido en el techo la despertó. Los pasos de algún animal pesado: una zorra, quizá. Se le daba por arañar el cielo raso y chillar, como pidiendo ayuda. Ema se sentó en la cama. Recordaba ese animal de toda la vida. Cuando era chica lloraba de terror; después se fue acostumbrando. Afuera, alguien prendió una licuadora. Ema salió del cuarto y caminó hasta la sala. Había cuatro fuentecitas artificiales, una en cada esquina, haciendo todo el tiempo el sonido de cascada. Había móviles metálicos tintineando en las ventanas. Sobre la mesita de centro había una pecera que no tenía peces, sino cuarzos de colores.

En la cocina, su mamá, de espaldas a la puerta, licuaba algo verde. Sostenía el teléfono inalámbrico entre la oreja y el hombro y hablaba. Su voz le llegó como un látigo, un golpe seco en la nuca:

—Emanuella siempre viaja en *Business*, y me parece muy bien que lo haga. Ha estado muy estresada últimamente. Con todo lo que pasó no es para

menos, mi pobrecita.

—¿Mamá?

Su mamá echaba hojas de espinaca en la licuadora encendida y seguía hablando. Tenía puesta una bata de tela hindú que dejaba ver su ropa interior. Un brasier enorme, un calzón gastado. Ema se sentó en el comedor de plástico, apoyó los codos en la mesa, la barbilla en las palmas de las manos. El reloj de pared marcaba las nueve. Hacía años su mamá le había enviado un reloj de pared bastante parecido a ese. Era de acrílico transparente y estaba lleno de un líquido tornasolado que iba cambiando de tonalidad a medida que pasaban las horas: «Convierte tu volubilidad en algo bello», decía la tarjeta. Ema lo tiró sin sacarlo de la caja.

—...sí, ahora ya está mejor, pero todavía le cuesta creerlo, nos cuesta a todos. Qué tragedia, pobre mijita. —Su mamá apagó la licuadora y se dio vuelta. Cuando la vio se puso seria—. Hablamos luego, querida, adiós. — Colgó.

Sirvió un vaso del menjurje verde y le ofreció a Ema, que negó con la cabeza.

—Es puro hierro, te vendría bien probar un poco.

Se tragó el líquido a borbotones.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Ema.

Su mamá lavaba el vaso. El grifo de la cocina tenía poca presión.

—¿Qué quieres desayunar?

El diálogo no era algo que se le diera de a mucho. Los parlamentos de su mamá respondían a su monólogo interno, nada más.

—Café —dijo Ema—. ¿Por qué dijiste que siempre viajaba en *Business*? Nunca en mi vida viajé en *Business*. Tú estás convencida de que soy Carolina de Mónaco, ¿no?

—Hay leche de soya, ¿le pongo?

Su mamá sacó una caja de cartón de la nevera. La abrió y estaba por

inclinarla sobre el café que le había servido a Ema.

—No, no quiero eso.

Su mamá metió de vuelta la caja en la nevera, le llevó el café y se sentó frente a ella:

—Hay horarios muy estrictos para visitar a tu tía Ana. Ahora voy a llamar a la doctora para ver si nos deja pasar hoy, así sea un ratito. Se va a poner tan contenta de verte... Siempre me pregunta por ti, aunque está un poco perdida la pobre.

Ema soplabla el café. Su mamá tenía un resto de líquido verde en la comisura del labio.

Recordó la baba de la niña en el aeropuerto y le dio asco. Sacó una servilleta del servilletero que había en la mesa: un gran girasol de plástico.

—Límpiate —le dijo, extendiéndole la servilleta—, tienes la boca verde.

Su mamá se enjugó los labios. La mancha verde no desapareció, solo se dispersó.

—Hace muy bien a los intestinos este jugo, Emanuella, ayuda a digerir lo indigerible. Es una receta que aprendí en ese curso de nutrición. Te dije, ¿no?, lo del cupón de la revista...

—Sí, me dijiste.

Ema sorbía el café.

Su mamá se quedó callada, como si se le hubiese olvidado la siguiente línea y estuviera tratando de recordarla.

Odiaba que hablara de intestinos.

—¿Dónde está mi papá?

Su mamá había agarrado el control del equipo de música y lo apuntaba. Sonó algo tipo *new age*.

—No me gusta que inventes cosas de mí —le dijo Ema—. No entiendo cuál es el placer que sientes al mentirle a tus amigas acerca de mí.

—No sé de qué hablas, querida. ¿Te levantaste de mal humor?

Se paró, fue hasta el mesón: pasó el líquido verde a una jarra de vidrio y la metió en la nevera. Después se puso a lavar la licuadora. Ema terminó su café en tres grandes buches. El primero le quemó la garganta, los otros dos pasaron bien. En la taza, la borra formaba una figura confusa. Una figura de nada, un montoncito marrón sin ton ni son. Se levantó de la mesa:

—Me voy a bañar.

—No te comprometas con nadie para esta tarde, Emanuella.

¿Con quién mierda se iba a comprometer? No conocía a nadie en esa ciudad. Todos se habían ido, como ella. Ahora su mamá tenía de vuelta el teléfono en la mano y marcaba un número.

—No estoy estresada, mamá.

Su mamá estaba concentrada en las teclas del teléfono. A Ema le pareció que marcaba más números de los necesarios, como si estuviera llamando a Tokyo. La licuadora se escurría en el secaplatos. Formaba un charquito verde. No tan verde como el jugo, un verde diluido. Su mamá lavaba mal. Siempre lavó mal. Le quedaban restos de cosas en la vajilla: restos de comida, restos de jabón, huellas digitales sobre espuma seca.

—¿Aló?, sí, necesito hablar con la doctora Jaimes, por favor; es de parte de un familiar de la paciente Ana Soto. —Agarró un repasador y lo pasó por el mesón en un movimiento circular. Quedaron órbitas blancas adornando la superficie: grasa vieja—. Sí, como no, espero.

Ema seguía parada frente a la mesa de plástico. Se tocó la barriga. Era un pellejo colgante, fofo. En los últimos meses se había acostumbrado a la sensación de turgencia: era como tocar un globo de agua, lleno a reventar. En los últimos meses Jerónimo le preguntaba cosas como: ¿qué se siente? Y ella decía: que aprieta. O: ¿qué estará haciendo? Y ella: aplastando mis pulmones, queriéndome asfixiar.

—Nunca viajé en *Business*. Detesto que inventes cosas sobre mí. Detesto que digas cualquier cosa sobre mí.

Su mamá se dio vuelta, sudaba a chorros; la miró y se llevó el índice a los labios:

—Shh.

Ema fue a bañarse.

*

Salió de la ducha escurriendo agua. El celular estaba sonando desde hacía un rato.

—Aló.

Era Jerónimo. No sabía qué hacer con la ropa del bebé.

—Dónala a la iglesia —contestó ella.

—Eres el ser más perverso del universo.

Lloraba.

Ema colgó. Lo imaginó borracho, maloliente.

El celular volvió a sonar. Ella buscó una toalla y se envolvió el pelo mojado. Le dolía la cabeza.

—Aló —contestó.

—Voy a quemarla.

Estaba furioso.

Ella estaba desnuda y se sentía en desventaja. Le parecía tan injusto que él pudiera llamarla cuando se le diera la gana y agredirla con cada cosa que se le ocurriera.

—Has lo que te dé la puta gana, me tienes harta con esa voz de víctima.

—¿Y no soy una víctima? —Ahora se reía con esa risa seca, cínica, falsa —. Entonces, ¿qué soy?

—...

—Estás feliz. —Volvió a llorar—. Estás aliviada. Es tan evidente que...

—Muérete.

—¿Quieres que me muera yo también? Ve a revisarte la cabeza, psicópata. Colgó.

Ema temblaba. Se sacó la toalla de la cabeza y se frotó el pelo. El espejo estaba donde siempre había estado: en la puerta del cuarto del lado de adentro. Todavía tenía unas calcomanías de *Jem and the Holograms*. Se acercó, se paró lo más derecha que pudo y se miró de frente. Incluso en su pose más erguida era jorobada. Y esa barriga, ese maldito pellejo: la cicatriz le iba de extremo a extremo y era rojiza. El tajo estaba mal hecho. Había quedado torcido y eso hacía que el resto de su cuerpo se viera también desbalanceado. Tenía las tetas hinchadas: para ese momento debía estar amamantando. Los primeros días, cuando se ordeñaba, temía que el chorro de leche le saliera con mucha presión y le reventara los pezones. Se las tocó. Parecían de piedra: se presionó y expulsó un poco de esa agua blanca, claruchenta, que descendió por su barriga y aterrizó en la alfombra.

—¿Emanuella?

Su mamá abrió la puerta.

Ema trató de detenerla con las manos pero ella ya estaba adentro, mirándola con una expresión que pasó rápidamente de la lástima a la repulsión. Ema la empujó hacia fuera, le tiró la puerta en la cara.

—Perdón —alcanzó a susurrarle desde afuera. Se oyeron pasos rápidos que se alejaban.

*

—¿Me puedes decir dónde está mi papá?

Ema y su mamá iban en un taxi rumbo al hospital psiquiátrico. Su mamá la ignoraba, le daba indicaciones al chofer. Indicaciones absolutamente innecesarias: era el único hospital psiquiátrico que había en esa ciudad.

—Sinceramente, Emanuella, yo no quiero meterme...

—Entonces no te metas.

—...pero es que la actitud de Jerónimo se me hace muy desconsiderada.

—Cállate.

—Cruel, se me hace.

—Shh —se tapó los oídos.

—...irse justo ahora, cuando más lo necesitas.

Su mamá subió la ventanilla, se abanicó con las manos.

—¿Podemos poner un poco de aire, señor?

Ema también subió su ventanilla pero no del todo. No le gustaba sentirse encerrada.

—Yo creo que...

—Me tiene sin cuidado lo que creas.

Su madre suspiró hondo. Al poco rato dijo:

—Anita va a estar encantada de verte.

Ni siquiera le caía bien la tía Ana. Tendría que habérselo dicho a su mamá cuando se empeñó en que fueran a visitarla: «Es tu tía preferida». «No es mi tía, es una momia». Pero estaba harta de discutir.

—Voy a adelantar mi regreso, mamá —dijo Ema.

Su mamá, que había estado callada, mirando la ficha del taxista en el respaldo del asiento, se volvió a ella súbitamente. Tenía la boca abierta y la expresión de su cara era una reacción a otro tipo de frase: «Te vomitaré encima, mamá». Y sudaba. Ema recordaba los sudores de su mamá desde que tenía uso de razón. Ella los atribuía a «una cuestión hormonal». Era como si hubiese padecido la menopausia toda la vida: era una menopáusica crónica.

—Haz lo que quieras, Emanuella.

La voz le temblaba. Miró la ventanilla y en el vidrio se reflejaron sus ojos acuosos. Afuera, una fila de álamos bordeaba la ruta. Los álamos no eran árboles de esa zona. Fue que un alcalde sofisticado los hizo traer de tierra templada y los sembró en las avenidas más grandes. El resultado fue ese

paisaje tranquilo y delicado, que no tenía nada que ver con ese pueblo.

El taxi se paró en la vereda del hospital. Se bajaron. Su mamá tocó el timbre y salió una enfermera que sonreía. Atravesaron un pasillo oscuro, hediondo a orín, y llegaron a la habitación donde estaba la tía Ana en silla de ruedas. Las paredes estaban pintadas de verde manzana y había un olor fuerte a remedio. La tía Ana estaba maquillada: un par de bolas rojas en las mejillas, un lápiz negro inventándole las cejas que no tenía. Se estaba quedando calva. Lo peor era la frente: poblada de venas azules. Telarañas finas que parecían cosas bajo el agua, tentáculos ahogados.

—Se mantiene espléndida, ¿viste? —dijo su mamá señalando con el mentón a la tía Ana. Ema asintió.

La cama era de una plaza y en la mesita de noche tenía una radio, una foto de ella misma, joven y sonriente: un copete gigantesco adornándole la cara. No era linda ni fea. Y, hasta donde Ema recordaba, tampoco era especialmente habilidosa en nada. Era una absoluta simplona. Su mamá, en cambio, tenía una gran habilidad para ser mediocre en todo lo que hacía. Se destacaba por eso: ponía gran empeño en ser mediocre.

—Espléndida —repitió su mamá; no le gustaban los baches en las conversaciones.

—Es porque no tuvo hijos —dijo la enfermera.

Y la tía Ana sonrió como si la hubieran piropeado.

—¿Cómo no? —dijo la mamá de Ema, que se había parado detrás de la silla y le peinaba el pelo ralo con los dedos—. Yo siempre fui como una hija para ella.

La tía Ana la miró con ojos inexpresivos. Después se volvió hacia Ema, que estaba parada enfrente. La agarró de la muñeca y la atrajo hacia ella, como para decirle un secreto:

—¿Qué hicieron con el cuerpecito, Emanuella?

Ema se zafó y miró a su mamá, que inmediatamente intervino:

—Mira, Anita, qué día tan radiante.

Llevó la silla de ruedas hasta la ventana.

Ema se sentó en la cama: el colchón era una piedra. El corazón le latía muy rápido y se le había plantado un aire en la costilla. La enfermera, que estaba en el umbral de la puerta, la escudriñaba. Ema le sostuvo la mirada por unos segundos y luego dijo:

—¿Qué me miras, estúpida?

*

Esa misma noche hizo su maleta y cambió el vuelo de regreso. En dos horas pasaría un taxi para llevarla al aeropuerto. Esperaba en la mesa de la cocina, mientras su mamá preparaba un guiso de pescado que no olía bien. Miraba el reloj de acrílico cada dos segundos. Todavía no se explicaba cómo era que había llegado hasta allí. Un día Jerónimo llegó con esa idea y ella no reaccionó a tiempo. Dijo no sé, puede ser, y él salió corriendo a comprar el tiquete, a llevarla al aeropuerto, a sacársela de encima como a un sarnoso indeseable.

—Qué lástima que no vi a mi papá —dijo Ema—. ¿Dónde lo tienes escondido?

—¿Te gusta con mostaza, Emanuella?

Su mamá sostenía en alto el frasco amarillo, la cuchara en la otra mano, esperando para ser zambullida.

Ema resopló, se levantó de la mesa. Atravesó la sala, acompañada por el murmullo de las fuentecitas y salió por atrás, hacia el jardín: un patio de tierra con algunos arbustos en el contorno y hojas secas que ya nadie barría. Al fondo había una especie de baulera donde guardaban trastos viejos. En medio, un farol y un banco de piedra que alguna vez había servido de soporte para una mesita de té improvisada con un trípex. Se sentó allí.

Antes, el jardincito tenía la gracia de la vista abierta: los álamos y el cielo de frente. Ahora habían construido un edificio detrás. Las ventanas del contrafrente tenían macetas de plástico y ropa tendida; las paredes estaban tiznadas. El jardincito se había convertido en un lugar frío y oscuro porque no le llegaba el sol.

Cuando era chica, Ema invitaba a sus amigas del colegio a hacer picnics en el jardincito. Su mamá les extendía un mantel en el piso y, después de comer, se echaban allí a mirar las nubes y a cantar y a casarse con los compañeros del curso. Una vez, muy al principio de todo, había llevado a Jerónimo a su casa. Le enseñó el jardincito, que todavía tenía vista abierta, y se echaron en el piso a mirar las nubes. Él cantó *Me and Bobby McGee* con muy mal acento. Dijo que esa canción se parecía a ellos. Ema pensó que esa canción no tenía nada que ver con ellos, pero asintió, enfática: «Es cierto».

La puerta de la baulera se abrió. Salió su papá.

—¿Papá?

Ema se levantó, sorprendida, y amagó con acercarse, pero su papá dio un paso atrás, impulsivo, casi asustado.

—Emanuella —dijo.

Se aclaró la garganta y se alisó la camisa a cuadros de tela muy delgada. Estaba despeinado. La pata derecha de sus lentes estaba adherida a la montura con cinta pegante. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró el piso. Ema también miró el piso. Una fila de hormigas salía de un arbusto y se extendía hasta la antigua casita del perro, que recién descubría arrumada en una esquina.

—¿Has estado todo el tiempo acá? —preguntó Ema.

Su papá dio un paso adelante, se sacó los lentes y limpió los vidrios con la camisa; se los guardó en el bolsillo.

—Es que me hice un tallercito.

—¿Qué?

—No sé si tu mamá te dijo. Volví con eso de la carpintería y, bueno, no sé.

—¿No sabes qué?

Respiró muy hondo:

—Para mí es una situación difícil, Emita.

—¿Qué situación?

—Me pareció que tu mamá lo iba a hacer mejor que yo, y la tía Ana, que siempre quisiste tanto. Yo no iba a saber qué hacer, qué decirte. —Negó con la cabeza—. Tu actitud... —se le quebró la voz.

Ema sintió un puño metálico y frío en medio del pecho.

—Hablaste con Jerónimo.

Su papá caminó en dirección al farol:

—¿Cómo lo pasaron hoy?

Cuando pasó por su lado, Ema sintió el olor familiar a colonia de cardamomo. Tragó en seco:

—Bien —dijo.

Su papá dio vuelta a la bombilla y el farol se encendió con una luz débil y amarillenta.

Se sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en la boca, apagado.

—Ya pedí un carro para que me lleve al aeropuerto —dijo Ema.

Su papá asintió, se sentó en el banco con las piernas muy abiertas. Era un banco bajo: parecía una rana. Se guardó el cigarrillo en el bolsillo de la camisa y señaló el edificio con el mentón:

—¿Viste ese armatoste que nos hicieron ahí?

—Sí.

—Es un horror, Emita, ¿no te parece? Toda esa gente mirando el jardincito. —Negó con la cabeza, acongojado—. Cuando arrancó la obra quise hablar con el arquitecto jefe, era amigo de un primo de Julio, ¿te acuerdas de Julio?

Ema asintió: los brazos cruzados, muy apretados contra el pecho; le parecía

que las tetas otra vez se le estaban derramando.

—Ese Julio era un plato. Pero, bueno, me consiguió una cita con el arquitecto y fui a ver al tipo: todo un señorito de sociedad. Me dijo a todo que sí, que tenía razón, que patatín patatán. Y cuando le pregunté qué pensaba hacer me miró sorprendido y me dijo: «¿Ah, usted quiere que yo haga algo?»
—Se reía.

Ema lo recordó haciendo bromas en el comedor: «Mira, Emanuella un pajarito morado», y cuando ella volteaba a mirar el pajarito morado su papá le sacaba la presa de pollo o el pedazo de carne y lo ponía en su plato.

—En fin, que las cosas han cambiado por acá, Emita —dijo mirándola de frente, los ojos reducidos por los años y la miopía—, pero tampoco tanto.

Ella volvió al banco, junto a él. Sintió un ardor en el estómago y recordó que, salvo el café de la mañana, no había comido nada en todo el día.

—¿Por qué no me cuentas a mí, Emita? —Un hilo de voz salió de su boca y su mano tocó la de ella, tímidamente—. Cuéntame qué pasó.

Ema miraba la hilera de hormigas que moría en la casita del perro. O quizá nacía allí y moría detrás del arbusto. Le dio rabia que le preguntara eso. Le dio rabia que antes le hablara de «su actitud». Le pareció violento. Sentía sus ojos chiquitos incrustados en el pómulo: eso también le parecía violento. Estaban tan cerca en ese banco que si ella decidía encararlo sus narices se rozarían.

—¡Emanuella!

Su mamá salió de la casa.

Ambos se volvieron a mirarla; traía el teléfono inalámbrico en la mano. Ema estuvo segura de que había estado espiándolos y que, cuando vio que se sentaron a hablar, salió disparada. Se paró frente a ellos, a una distancia que le permitió estirar el brazo al frente y, por muy poco, no golpear la cara de Ema con el aparato.

—Es Jerónimo.

Ema agarró el teléfono, desgana, se lo puso en la oreja:

—Aló.

No había nadie del otro lado. Sus padres se habían alejado unos pasos: de espaldas a ella, de cara al edificio. En una de las ventanas un gato miraba el vacío; detrás flameaba una cortina.

Su mamá se volvió y le sacó el teléfono de la mano:

—¿Todo bien, Emanuella? —preguntó, ya caminando hacia la casa, sin esperar una respuesta.

Antes de entrar anunció que la comida estaba servida, que fueran rápido porque se iba a enfriar.

—Malditas hormigas.

Su papá se sacudía la bota del pantalón.

Después le puso la mano en la cabeza y le revolvió el pelo. La luz del farol lo iluminaba muy de cerca: su cara tenía el color ceniciento de los viejos.

—Papá —le dijo.

Él se volvió a mirarla, otra vez sus ojos chiquitos y expectantes. Pero ella no tenía nada que decirle.

—Vamos. —Avanzó rumbo a la casa—. Vamos, Emita, que se enfría.

Sobre este libro



«Pasaban horas, pasaban días, pasaban nubes y Titi deseaba que alguna se detuviera y se derramara furiosa sobre él. Hasta arrasarlo, hasta que no quedara nada».

En siete relatos breves, Margarita García Robayo despliega su habilidad para mostrar el lado más difícil de las cosas. Sus personajes, expuestos en toda su compleja humanidad, se debaten irremediamente en un mundo en el que no acaban de encajar.

Una mujer que trata de darle un orden a su nueva vida de enferma; un hombre atrapado en un hotel descomunal; las incertidumbres de una pareja frente a su hijo obeso; una destemplada reunión de familia; la morbidez, la incomunicación y el desencuentro son algunos de los temas alrededor de los cuales giran estos relatos inquietantes.

La pluma rápida y el humor, a la vez brutal y compasivo, de esta joven escritora son, como en la buena literatura, herramientas poderosas para explorar y enfrentar al lector a las pequeñas o grandes miserias de la vida cotidiana.

“Aguda percepción sobre la vida contemporánea. Dueña de una suave

ironía, una fina percepción psicológica y cultora de una excepcional poética del desplazamiento.”

Juan Villoro



MARGARITA GARCÍA ROBAYO

(Colombia, 1980) es autora de las novelas *Lo que no aprendí*, finalista del Premio de Narrativa Colombiana EAFIT y *Hasta que pase un huracán*; de los libros de cuentos *Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza*, *Las personas normales son muy raras* y *Cosas peores*, galardonado con el prestigioso Premio Literario Casa de las Américas 2014. Fue elegida como uno de los 50 líderes anónimos de Colombia, en la edición de liderazgo del 2007 de la revista *Cambio*. Entre el 2010 y el 2014 fue directora de la Fundación Tomás Eloy Martínez. Su trabajo ha sido publicado en Argentina, Colombia, México, Perú, Chile, Italia y España, y ha sido traducido a varios idiomas. Actualmente vive en Buenos Aires.

Foto: © Mariana Roveda

Título: *Cosas peores*

Primera edición: noviembre de 2014

© 2014, Margarita García Robayo

2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño: proyecto de Enric Satué

Fotografía de cubierta: Shutterstock /

© Fotografía de cubierta: © Nicolas Tikhomiroff / Magnum Photos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-8948-14-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Cosas peores
Epígrafe
Dedicatoria
Como ser un paria
Usted está aquí
Cosas peores
Algo mejor que yo
Sopa de pescado
Lo que nunca fuimos
Los álamos y el cielo de frente
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos